

REVISTA EUROPEA.

Núm. 171

3 DE JUNIO DE 1877.

AÑO IV.

TRADUCTORES CASTELLANOS DE HORACIO.

MONOGRAFÍA BIBLIOGRÁFICA CON NOTICIAS É INDICACIONES ACERCA DE LOS PRINCIPALES COMENTADORES ESPAÑOLES DE ESTE LÍRICO LATINO.

(Continuacion.) *

D. Juan Pablo Forner, uno de los entendimientos más vastos y poderosos del siglo XVIII, emprendió en competencia de Iriarte, á quien profesaba odio mortal, manifiesto en *El Asno erudito* y en *Los Gramáticos chinos*, una nueva traduccion del *Arte Poética*, que no llegó á darse á la estampa, parando el manuscrito en poder de D. Juan Tineo, que la incluyó en el tomo II de su coleccion de traductores de Horacio, cuyo actual paradero desconozco. Comenzaba así, segun nota tomada por Gallardo con presencia de la copia de Tineo:

Si algun pintor á una cabeza humana
Pegara un cuello de caballo, y luégo,
Oponiendo entre sí diversos miembros
De animales diversos, repartiase
Varias plumas en ellos, y ordenase
El todo de su lienzo de manera
Que una hermosa mujer representase
La parte superior, y á dar viniese
La inferior torpemente en un pez negro,
Decid, si esta pintura os enseñasen,
¿Pudiérais contener la risa al verlo?

Ocupaba en el manuscrito 12 hojas en 4.º, de unos 42 versos cada una (1):

El mismo Forner publicó en el *Diario de las Musas* una traduccion de la oda 3.ª del libro II de Horacio, *Æquam memento*, que comienza:

Pues presa de la muerte
Has de ser, Delio, al fin, guardar procura
En la funesta suerte
No ménos que en la próspera, segura
De inmodesta alegría
La mente inalterable noche y dia...

Señaladísimo lugar, por lo atrevido y en parte

* Véanse los números 168, 169 y 170, páginas 577, 613 y 646.

(1) Apuntes de D. Bartolomé J. Gallardo, sobre los papeles de D. Juan Pablo Forner. *Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo II (LXII de *Aut. Españoles*).

afortunado de su empresa, merece en este catálogo el traductor hasta hoy anónimo del *Arte Poética* en *ménos sílabas que el original*, el cual no fué otro que D. José Antonio de Horcasitas y Porras, del hábito de Calatrava, intendente y corregidor de Búrgos, segun resulta del manuscrito autógrafo que á la vista tengo, gracias á la buena amistad de mi ilustrado paisano el marqués de Casa-Mena, descendiente del traductor.

Hizo Horcasitas este trabajo con el sólo propósito de mostrar la concision que cabe en la lengua castellana, y por tal concepto es laudable su patriótico y arriesgado empeño. Ténganse en cuenta la diferencia grande de los dos idiomas, latino y castellano, la concision y sobriedad extremadas del estilo de Horacio, la dificultad de encerrar en un endecasílabo la sentencia de un exámetro, y se formará idea de las increíbles dificultades con que hubo de tropezar el traductor, empeñado en *laconizar* á toda costa la lengua y reducir nada ménos que *en 462 sílabas* (él las contó: yo no he tenido paciencia para tanto) un texto de suyo ceñido y apretado. La verdad es que los versos salieron con frecuencia oscuros y premiosos, de tal suerte, que las sentencias en ellos encerradas parecen escaparse por todos lados en busca de más holgada vestidura. Y verdad es asimismo que no logró (porque era imposible) demostrar la ventaja del castellano en esta parte, pues sólo alcanza á tanta brevedad *dejando* (como él mismo confiesa) las *palabras que sirven más para abundancia de la lengua que para claridad de la sentencia*, con lo cual implícitamente reconoce (y así es la verdad) que, conservando los accidentes de estilo, no cabe en lo humano traducir con la áspera concision que él pretendía. Pero conviene advertir que no abusa de la licencia de suprimir frases del original, y que llega á un grado asombroso de exactitud y rapidez, cual puede juzgarse por el siguiente pasaje que sin particular eleccion trascribo:

Arquilocos rabiosos inventó el yámbo,
Pié que adoptaron zuecos y cotornos,
Nacido para el diálogo, que vence
Del patio el ruido, y á la accion se adapta.
La Musa dió á la lira que á los Dioses,
Sus hijos, y al triunfante Atleta cante,
Y al caballo primero en la carrera,
Los cuidados del mozo, el libre Baco.

Lo cómico no quiere versos trágicos,
Ni la cena de Tiestes sufre verso
Familiar, y del zueco casi digno.
Tenga el lugar que debe cada cosa,
Aunque alza el tono á veces la comedia
Y riñe airado en alto estilo Chremes,
Y otros en llano el trágico se queja.
Para mover á lástima al que mira,
Pobres y desterrados dejan voces
Huecas é hinchadas Teléfo y Peleo.

Observarás en estos versos (y lo mismo sucede en otros muchos de la traducción) que nada de lo esencial del texto falta, y que el estilo no carece de fluidez y vida, como de quien está familiarizado con la lengua y sin dificultad la maneja. Y de hecho Horcasitas era distinguido filólogo, y tenía de nuestros clásicos más que mediana noticia, como es de ver en su discreto y erudito prólogo, donde hay muy atinadas observaciones sobre el arte de traducir y otros puntos enlazados con este.

Extraña ha sido la suerte del curioso trabajo del intendente de Búrgos. En su tiempo y años después debieron correr muchas copias, y una de ellas fué á parar á la biblioteca del consejero D. Fernando de La Serna, donde la vió D. Juan Gualberto Gonzalez. Otras tres copias, anónimas como la anterior, vinieron en diversos tiempos á poder de los Sres. D. Joaquin María Ferrer, D. Juan Lopez Peñalver, y D. José de Castro y Orozco, marqués de Gerona, quienes hicieron sendas ediciones, en París el primero, en Barcelona el segundo, y en Madrid, finalmente, el tercero, en 1862 al fin de sus propias *Obras literarias*, dando todos por desconocido el nombre del traductor.

En las *Poesías Póstumas de D. Josef Iglesias de la Casa*, impresas en Salamanca por Francisco de Tojár, 1798, vemos incluidas por equivocacion, como producciones del egregio epigramatario salmantino, las ocho primeras odas de Horacio que figuran en las *Flores de poetas ilustres* de Espinosa, vertidas por Bartolomé Martínez, Juan de Aguilar, D. Diego Ponce de Leon y algun otro (vide suprà). Iglesias había copiado sin duda estas traducciones para estudio y sin ánimo de apropiárselas. Advertido el impresor por algun erudito, reparó el yerro en la segunda edicion, pero sin suprimir las traducciones por ser raras y dignas de leerse. La advertencia de Tojár en que tal se expresaba apareció en las ediciones sucesivas, y siguieron incluyéndose las odas, lo cual noto para evitar tropiezos en adelante, y poner la verdad en su punto.
Jus suum cuique tribuendum.

D. Juan Tineo averiguó la existencia de dos traducciones de la oda 14.ª del libro I *Integer vitæ*, hecha la una por D. Fr. V. B., y la otra por don

J. M., pero no llegó á verlas. Otro tanto me ha acontecido, y tampoco he logrado ocasion de leer las traducciones de Trigueros, que serán probablemente tan desdichadas como el resto de sus poesías.

De Melendez sabemos, por testimonio de Hermosilla en el *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, que pensó incluir algunas traducciones del venusino en la última edicion de sus poesías, pero ó él desistió de su intento, ó los que cuidaron de la edicion póstuma de 1820 las suprimieron.

Entre las preciosas poesías del sabio canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba D. Manuel María de Arjona, publicadas por primera vez en la excelente coleccion de *líricos del siglo XVIII* formada por D. Leopoldo Augusto de Cueto, se leen dos traducciones de Horacio, la sátira 1.ª *Qui fit, Mecænas*, y la oda 16.ª del libro II, *Otium Divos*. Véase á continuacion la segunda, que es primorosa, y clásica de veras:

Ocio á los Dioses en el ancho Egéo
Pide el piloto, cuando negras nubes
Cubren la luna, y las estrellas vibran
Luces dudosas.

Ocio la Trácia enfurecida en guerras,
Ocio los Medos en saetas claros
Que ni las perlas, ni el purpúreo manto
Compra, ni el oro.

Ni las riquezas, ni el lictor del cónsul
Del alma apartan los tumultos tristes,
Ni los cuidados que el dorado techo
Cruzan errantes.

Bien vive ¡oh Grosfo! quien brillantes mira
Sobre la mesa las paternas copas,
Ni el leve sueño la avaricia ó miedo
Torpes le quitan.

¿Por qué lanzamos á futuros dias
El pensamiento, y otro sol buscamos
En nuevas tierras? De su patria huyendo,
¿Quién de sí huye?

Sube el cuidado á las ferradas naves,
Sigue al jinete en las fugaces torbas,
Más que los ciervos, más veloz que el Euro
Dueño del ponto.

Contento el pecho en lo presente olvide
Lo venidero, y con tranquila risa
Temple lo amargo. ¿Quién halló en el mundo
Dicha cumplida?

En flor á Aquiles arrancó la muerte,
A Titon lenta senectud marchita,
Y á ti te niegan lo que darne acaso
Quieren los hados.

Rebaños ciento y sicilianas vacas
Para tí mugen; para tí relinchan

Yeguas dispuestas á cuadriga; en doble
Púrpura tintas
Te visten lanas, mas pequeños campos
Y un blando aliento de la griega musa
Dióme la Parca, y despreciar al vulgo
Siempre maligno.

Horaciano como Arjona, y más aún, y con mayor pureza é igualdad, fué Moratin el hijo, cuyas *Poesías sueltas*, poco ensalzadas por la crítica, poco leídas y gustadas generalmente, son, esto no obstante, modelos incomparables de elegancia, de sobriedad y de gusto. Tan estimado traductor como imitador destrísimo, el autor de la oda *A Nísida*, que Horacio adoptaría por suya, puso en verso castellano estas odas del Venusino:

Libro I:

- 11.ª, *Tu ne quæsieris.*
12.ª, *Quem virum aut heroa.*
15.ª, *Pastor cum traheret.*
22.ª, *Integer vitæ.*
29.ª, *Icci, nunc beatiss.*
30.ª, *Regina Gnidi.*

Libro II:

- 10.ª, *Rectius vives.*
14.ª, *Eheu fugaces.*
18.ª, *Non ebur neque aurum.*



Hállanse en el tomo de sus *Obras líricas y dramáticas*, edicion de Paris, 1825, y en el sexto volumen de la magnífica edicion de sus *Obras completas*, hecha en 1830 por la Real Academia de la Historia. Con razon sobrada dijo de estas versiones D. Juan Tineo *que eran excelentes y no las había mejores en el Parnaso Español*. Y en efecto, el mismo Búrgos se queda inferior, y comprendo bien que cuidase de no citarlas jamás en sus notas, desvió sin duda estudiado, y que no tiene otra explicacion plausible. Traduciendo á Horacio, no se puede exceder á Moratin en penetracion del espíritu horaciano y en pureza de forma. No parece muy adecuado el verso suelto para composiciones líricas, y véase, sin embargo, con qué maravillosa perfeccion está manejado en este final del *Eheu fugaces*:

Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás, ¡ay! y de cuantos
Arboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro más digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados céculo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los Pontífices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

Dejó de incluir Moratin en su coleccion, por pa-

recerle ménos trabajada, otra traduccion de Horacio, la de la oda 4.ª del libro I, *Solvitur acris*. Fué publicada por D. Cayetano Alberto de la Barrera en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla*, tomo III, pág. 768. Aunque no iguala á las restantes, merece leerse.

En la traslacion del *Integer vitæ* usó Moratin los *pentasílabos* ó *adónicos*, y en la del *Icci, nunc beatiss* los *eptasílabos* sueltos sin consonante ni asonante.

Nunca hubo ingenios ménos afines que el de Moratin y el de Cienfuegos, y bien se nota la diferencia, comparando las fidelísimas traducciones horacianas del primero con la que el segundo hizo del *Cælo tonantem*, desfigurada hasta lo sumo con rasgos de mal gusto, expresiones hinchadas y extravagancias sin cuento, pero llena á la par en muchos pasajes de vida, calor y movimiento, no indignos de aquella sublime apoteosis del heroísmo de Régulo. Búrgos, trascribiendo sólo la primera y la última estrofa de esta oda, afirmó que *para conocer á los clásicos en versiones semejantes, valía más no conocerlos de ningun modo*; pero contra esta sentencia atropellada, en la cual el eminente humanista atendió sólo á la *estruendosa Roma, al cargoso velar, al Olimpo retemblante, y á los campos hibleos de Tarento*, protestan algunas estancias de Cienfuegos, tan ricas de grandeza y robustez como esta:

¿Qué fué su toga, su renombre y templos?
Tú lo previste, ¡oh Régulo! que hollando
Pactos infames, ante el ara augusta
De la posteridad, sacrificaste
Con virtud despiadada
La juventud romana cautivada.
«Yo lo ví, yo lo ví (dijo): enclavados
En los púnicos tempos los pendones
E incruentas espadas, que el guerrero
Arrancarse dejó. Yo ví en las libres
Espaldas, entre lazos
Los ciudadanos retorcidos brazos.
.....
¿Será que el oro de su vil rescate
Haga más fuerte al campeón esclavo?
Le hará más vil y engendrador de infames,
Que nunca tinte su color nativo
La cana ha recobrado,
Ni su valor el pecho amancillado. (1)

En el *Diario de Madrid* de los dias 21, 22 y 23 de Enero de 1795, se imprimió una crítica severa de esta oda. Contestó Cienfuegos en el 29 y siguientes. A D. Vicente María de Santibañez, intérprete de la *Heroída* de Pope, se atribuye una traduccion del

(1) *Obras poéticas de Cienfuegos*, 1816. Imp. Real, tomo I.

Quem tu Melpomene semel que se imprimió anónima en el número 107 del *Espíritu de los mejores Diarios literarios*, publicación de fines del siglo pasado. La traducción de Santibañez, que tomó algunos versos de la ya citada de D. Nicolás Fernández de Moratín, comienza así:

A quien tú de una vez luego que nace,
Melpómene, miraras dulcemente,
Luchador no le hace
El ístmico trabajo impertinente,
Ni el caballo veloz del griego carro
Le hará en el circo vencedor bizarro...

D. Francisco Patricio de Berguiza en el prólogo de su excelente *Píndaro en griego y castellano* (1798) dice haber traducido algunas odas de Horacio. Es de sentir la pérdida de este y otros trabajos de aquel sábio filólogo.

Sanchez Barbero hizo una traducción, nunca impresa, de la oda 14.^a del libro I, y compuso excelentes poesías latinas á imitación de Horacio, llegando á manejar todos los metros usados por el lírico de Venusa.

A D. Joaquin María Ezquerro, que dirigió la edición de Tácito con las traducciones de Coloma y Barrientos hecha en 1798, atribuye Tineo una traducción del *Justum et tenacem propositi virum*.

El docto y extravagante escritor aragonés D. José Mor de Fuentes, puso en verso castellano la oda 10.^a del libro II, é insertóla en el tomo de sus *poesías*, impreso en 1796. Dos años después dió á la estampa una edición muy correcta de las odas, con útiles y curiosas notas (1798, en la Imprenta Real). Pensaba continuar la publicación con las *Sátiras y Epístolas*, pero no llegó á verificarlo. El comentario de las odas honra en extremo la ciencia y laboriosidad de Mor de Fuentes, y aún demuestra en él ciertas dotes críticas. El análisis del *Diffugere nives*, es muy notable.

De algun otro poeta del siglo pasado, v. gr., el abate Celis y Gelabert, se citan vagamente traducciones de Horacio manuscritas. Horcasitas, en el prólogo de su *Arte Poética*, menciona otra de Francisco Cabrero, de la cual dice sólo que consta de 796 versos, y de 7.856 sílabas. No sé á qué época referir el trabajo de este Cabrera. Un maestro Francisco de Cabrera hubo en la orden de San Agustín á principios del siglo XVII, y de él conozco una refutación manuscrita del *Beroso* de Anio Viberbiense. Tal vez sea éste el traductor de la *Epístola á los Pisones*. En tal caso, póngase esta noticia en el lugar correspondiente.

Con el título de *Gabinete de antigüedades y humanidades en que, imitando la idea de Macrobio en sus convites Saturnales, se explican varios puntos*

de antigüedad, etc., publicó á fines de la pasada centuria un tomo el licenciado D. Juan de Salas Calderon, abogado de los Reales Consejos. Dáse noticia de esta obra en el *Memorial Literario*, advirtiéndose que en ella se intercalan varias traducciones de Horacio, entre ellas una de la sátira 9.^a del libro I, *Ibam fortè*, vertida en silva real con escasa habilidad, al decir de los redactores del *Memorial*.

Cierre la noticia de traductores de este período el general y diplomático D. Benito Pardo de Figueroa, que vertió las obras todas de Horacio, no al castellano, sino *al griego*, lengua que había aprendido á los cuarenta años, y en la cual compuso gran número de poesías, cual otro Vicente Marinér ó Daniel Heinsio. Sería de desear que la familia de ese asombroso *heleniflo* diese á la estampa sus obras griegas, si realmente son de algun mérito. Por mi parte, tengo deseo grande de conocerlas.

VII.

En 8 de Febrero de 1800, el ministro D. Mariano Luis de Urquijo pasó á la censura de D. Leandro Moratín una traducción manuscrita de las *Odas de Horacio*, hecha por el ex-jesuita aragonés D. Vicente Alcobero. En 1798 había obtenido el editor D. Gabriel de Sancha licencia para imprimirla, á pesar de lo cual, la traducción del Padre Alcobero ó Alcaverro (como le denomina Latassa) hubo de quedarse inédita, tal vez por la desfavorable censura de Moratín.

No sucedió otro tanto con las *Odas de Horacio, traducidas en verso castellano por Don Felipe de Sobrado, Ministro de la Audiencia de Galicia*, puesto que se estamparon en la Coruña el año 1813, en un volumen en 8.^o, escaso y no muy conocido al presente (1). Exórnase la portada con este lema: *Quod spiro et placeo, si placeo, tuum est*, y encabézase el libro con unas advertencias reducidas á anunciar que se suprimen ciertas odas y pasajes por *contrarios á la decencia*; que muchas notas están tomadas de la edición francesa de Darn, y que las repetidas instancias de los amigos del autor y la ocasión de imprimir su libro *con los hermosos caracteres del Diario de la Coruña*, le movieron á sacarle de la oscuridad. Viene después una epístola á Horacio, semejante á la que puso Mor de Fuentes al comienzo de su edición, pero aún más prosaica y flojamente versificada. Por lo demás, es apreciable en Sobrado la modestia con que ofrece al público su traducción, no sin advertir proféticamente que

En buen hora guardada
Para otra (*pluma*) más feliz quede la gloria

(1) Tiene 233 páginas y una de erratas. Las notas comienzan en la pág. 225.

De dar al español cuanto escribiste
De tu idioma y del nuestro sin ultraje:
La mia te consagra esta memoria.

Lo que no puede admitirse como disculpa de las muchas faltas de esta version, es aquello de que *se hizo por recreacion y sin ánimo de darla á la prensa*. Una traduccion poética de Horacio no es para hecha en ratos de ocio, ni como solaz de más graves tareas: requiere largo esfuerzo y aplicacion constante. El mayor defecto de la traslacion del mági-strado coruñés es el prosaismo que á la continua oscurece la facilidad de sus versos. ¿Cómo ha de haber sufrimiento para leer la sublime oda *Parcus deorum cultor et infrequens*, sacrílegamente destrozada en esta retahila de romance, lleno de ripios y de expresiones frias y ramplonas:

Harto tiempo he seguido
De esos mentidos sabios
La imprudente doctrina
Que suele alucinarnos.
Un sacrilego incienso,
Unos dones escasos
Ofrecía á los dioses
Que había ya olvidado.
Ahora sobre mi vuelo
Variar es necesario...



Los adjetivos impropios y aún ridículos abundan en la versificacion de Sobrado, que olvidó, sin duda, que se las había con Horacio, quien jamás escribió una sílaba baldía, ni un epíteto ocioso. Tan léjos está el intérprete de asemejarse en esto, que sólo en la oda *Á Grosfo* intercaló de su cosecha los calificativos de *distinguidos Medos, dañosa aljaba y tan nombradas rocas de Sicilia*. Para el sencillo pensamiento

Carpe diem, quàm minimè crédula posteri

empleó no ménos que diez versos de esta laya:

Sabiduría, buen vino,
Moderar vuestros deseos,
Limitar vuestra esperanza,
No malograr los momentos...

Á veces yerra Sobrado en la inteligencia del texto. El final de la oda á Sextio

Mox virgines tepebunt,

que Fr. Luis de Leon tradujo con sumo acierto:

De cuyo fuego saltarán centellas
Que enciendan en amor muchas doncellas,

fué entendido rematadamente mal por el intérprete gallego, si ya no quiso atenuarle en obsequio á la moralidad:

.....cuya muerte, asaz temprana,
Tal vez, sin tardar mucho, *lagrimosas*
Llorarán las doncellas amorosas.

Empleó en su traduccion nuestro juriconsulto gran variedad de metros, algunos con soltura, otros flojamente. El verso suelto, el romance endecasílabo, la octava, las estancias y estrofas líricas muy diversamente combinadas, las *décimas* y *quintillas*, el octosílabo asonantado, el eptasílabo y otras rítmicas combinaciones de menor importancia se encuentran usadas en estas odas. Por lo general, anda más feliz el traductor en los versos mayores, y aún nos parece que hubiera acertado en excluir *redondillas* y *décimas*, nada á propósito para trasladar las estrofas latinas. Y si en la version de ciertas odas de carácter más ligero y anacreóntico puede usarse el octosílabo asonantado ó el eptasílabo, en ninguna manera sus combinaciones, que por lo artificiosas y poco *clásicas* desfiguran y calumnian la poesia del original.

Además, el *Horacio* de la Coruña está sobremanera mutilado por escrúpulos del traductor. Falta enteramente las odas 13.ª del libro I, 8.ª del II, 9.ª, 10.ª y 20.ª del III, 1.ª del IV, y 11.ª, 12.ª y 14.ª del *Epodon*, habiendo además considerables supresiones en otras muchas.

Fuera de la justa omision de las dos odas *In anum libidinosam*, para las demas castraciones no veo motivo fundado. Y ya que tradujo Sobrado el *Quis multa gracilis*, no debió dejar en el tintero el hermoso diálogo de *La Reconciliacion*, y otros pasajes y odas que nada tienen de escabroso ni malsonante, por más que traten *de re erotica*.

Fuera de esto, el *Horacio* de la Coruña no es indigno de ser conocido, ya como objeto de curiosidad bibliográfica, ya por contener ciertos pájases merecedores de loa, aunque afeados siempre con incorreccion y desaliño.

A poner en olvido este y la mayor parte de los trabajos anteriores vino la traduccion completa y admirable de D. Javier de Búrgos, igual ó superior á las mejores extranjeras. Hízose la primera edicion en 1819-21, reimprimióse en 1834 en la poliglota de Montfalcon (Lyon, par Louis Perrin): reprodújola Salvá en 1841 (Paris, por H. Fournier), y el mismo autor hizo en 1844 (Madrid, por Cuesta) una segunda edicion, que puede estimarse como obra distinta: tantas son y tan importantes y casi siempre atinadas las enmiendas en el texto, y tanto ganaron en amplitud y riqueza los comentarios é ilustraciones. De cuatro tomos consta el *Horacio* de Búrgos, abra-

zando los dos primeros las *odas*, el tercero las *sátiras* y el cuarto las *epístolas*.

A la traducción acompañan buen número de anotaciones, trabajo de erudición, sagacidad y buena crítica, libre de todo fárrago, aunque nada falte de lo esencial para comprender el texto y penetrar el espíritu del poeta de Venusa. La versión está hecha en variedad de metros, que el traductor maneja casi siempre, como verdadero maestro. Era la dote principal de su ingenio, como del de Jáuregui y otros poetas traductores eminentes, una facilidad maravillosa para asimilarse las ideas y el sentimiento ajenos, y una destreza incomparable para modelar la forma al compás de extrañas inspiraciones, pasando fácilmente y sin violencia de un orden de pensamientos y de pasiones á otro, inspirándose al contacto animador de las páginas de un libro y volando luego con el autor, ora suba, ora descienda, sin rendirse ni descaecer un solo instante. Hay quien niega el nombre de poetas á estos ingenios *reflectores* (si vale la expresión), cuya dote más señalada es la tersura y limpieza en las formas; yo no: creo que la inspiración puede venir *de dentro* como *de fuera*, y que hay inspiración en ciertas traducciones es indudable. ¿No estaba inspirado Búrgos cuando vertió el *Mercuri nam te* (Oda 11.ª del libro III de Horacio):

Dulce Mercurio, pues por tí enseñado
Anfión las piedras con su voz movía,
Y tú algún día desdeñada siempre,
Siempre callada,
Ora preciada en templos y festines
De siete cuerdas resonante lira,
Versos me inspira á que la dura Lide
Preste su oído,
Que aún no probadas del amor las glorias
Cerril novilla en espaciosa vega,
Retoza y juega, para ardiente esposo
No sazónada.
Parar los ríos, domeñar los tigres,
Y arrastrar puedes selvas y montañas:
Tú las entrañas del guardian del Orco,
Dulce moviste.
Del can triforme que hórrida cabeza
Alza crinada de serpientes ciento;
Y hediondo aliento de su inmunda exhala
Boca trilingüe,
Y sonrieron Ixión y Licio,
Y á las Danáides el atroz tormento
Tu blando acento mitigara un punto,
Lira süave..... etc.

¿No participaba del divino entusiasmo de Horacio, al interpretar en estas rápidas y gallardísimas estrofas el elogio de Píndaro en la oda *Pindarum quisquis studet æmulari* (2.ª del libro IV):

De cera en alas se levanta, Julio,
Quien competir con Píndaro ambicione,
Ícaro nuevo, para dar al claro
Piélagos nombre.

Cual de alto monte despeñado río
Que hinchen las lluvias, y sus diques rompe,
Hierva, é inmenso con raudal profundo
Píndaro corre.

Por siempre digno del laurel de Apolo
En metro libre y peregrinas voces,
Los atrevidos ditirambos ora

Férvido entone,
Ora á los Dioses, á los Reyes ora,
Progenie excelsa de los Dioses lóe,
De los centauros y la atroz Quimera

Los matadores,
Ó llore el jóven al amor robado,
O áureas costumbres, ánimo y blasones
Alce á los astros, donde torpe olvido
Nunca los borre...

Repito que en la versión de Búrgos es sobre todo de preciar la variedad y flexibilidad de tonos indispensables para traducir á un poeta de la índole y temple movedizo de Horacio. El traductor lucha, y las más veces con fortuna: si en el *Parcus deorum cultor et infrequeus* sabe decir en robustísimos versos:

Pues hendiendo mil veces el Tonante
Con vivo fuego el seno de las nubes,
Su carro resonante
Por el cielo agitó puro y sereno,
Y los bridones del rugiente trueno,

no ménos feliz aparece en la versión de cualquier juguete galante, el *Oh Venus, regina Gnidi*, por ejemplo:

Reina de Páfo y Guido,
Deja tu Chipre amada,
Y ven do mi adorada
Te llama con fervor.
Do en tu honor encendido
Incienso arde oloroso:
Contigo venga hermoso
El rapazuelo Amor.
Las Gracias, desceñida
La túnica, tus huellas
Sigán, y marchen de ellas
Las ninfas á la par;
Y Javentud pulida,
Si amor la inflama ardiente,
Y Mercurio elocuente
Te sigán al altar.

El tono dulce y templado de las *Odas morales* pasa con no menor pureza y halago á las traducciones de Búrgos, y si en obra tan excelente como la suya fuera posible establecer distinciones, diría que es en donde más agrada y donde más *horaciano* me parece. Superiores dificultades ofrecían las *sátiras* y las *epístolas*, intactas aún la mayor parte en castellano, cuando Búrgos escribía, y llenas de bruscas ó rapidísimas transiciones, de giros extraños, de frases oscuras, de alusiones á cosas recónditas y apartadas de la comun noticia. El trabajo empleado para superar estas escabrosidades fué grande, y el resultado tan completo, que si no es esta parte la más brillante del libro de Búrgos, es, á lo ménos, la más digna de loa, la de mayor estudio y la que debe interesar no sólo á nuestros humanistas, sino á los extranjeros, pues gracias á los esfuerzos del traductor castellano, vemos hoy claros el enlace y trabazón de más de una pieza no entendida sino á medias por los anteriores comentaristas, y penetramos bien el sentido de muchos versos tenidos por inextricables y dudosos. En la parte de estilo, de lenguaje y de metrificacion son tan esmeradas estas traslaciones como las de las *Odas*, y trozos hay en ellas dignos de los hermanos Argensolas y del capitán Andrada, autor de la incomparable *epístola* hasta hoy atribuida á Rioja. Las notas son mucho más numerosas y extensas en los dos últimos tomos de la obra de Búrgos que en los primeros, y ofrecen mucha novedad y verdadero interés crítico y filológico. En conjunto, este *Horacio* (aparte de alguna que otra interpretacion más ó ménos discutible, y de tal cual version no igual en mérito á las restantes) es el libro que más honra á nuestros latinistas, la mejor traduccion de clásicos que poseemos, quizá la mejor de cuantas se han hecho de Horacio en lenguas neo-latinas, y por todos conceptos una de las joyas más preciadas y envidiables de nuestra moderna literatura.

Contemporáneos de Búrgos fueron otros traductores de Horacio, de quienes conviene dar noticia. D. Dionisio Solís, notable poeta lírico y dramático, á pesar de su modesta condicion de apuntador del teatro del Príncipe, hizo, siendo aún estudiante de Retórica en Sevilla, traslaciones en verso de varias odas, que merecieron los elogios de Forner y otros eruditos. No se han incluido entre las poesías de Solís, dadas á luz por vez primera en el tomo III de *Líricos del siglo XVIII* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Humanista eminente, y traductor feliz de Tibulo (4), de Catúlo y de *Las Geórgicas de Virgilio*

(1), fué el magistrado D. Manuel Norberto Perez del Camino, entre cuyas poesías inéditas que hemos disfrutado por benevolencia del Sr. Alonso Martínez, hay imitaciones de las siguientes odas de Horacio:

13.^a, del libro-I: *Cum tu, Lydia.*

8.^a, del II: *Ulla si juris.*

10.^a, del id.: *Rectius vives.*

2.^a, del *Epodon, Beatus ille.*

De D. Angel Casimiro Govantes, caballero riojano, correspondiente que fué de la Academia de la Historia, conocemos un tomo de *poesías* dedicadas á sus amigos, é impresas en 1815. En él se insertan dos traducciones de Horacio, la oda 13.^a del libro III *Á la fuente de Blandusia*, y la 12.^a del libro IV á *Virgilio miriópola* (siguió Govantes el comun error de considerar esta oda dedicada á un vendedor de perfumes llamado Virgilio, y no al poeta de este nombre). La segunda tiene algunas regulares:

Ya los vientos de Tracia, compañeros
De dulce primavera,
Templan la mar, y mueven lisonjeros
La vela en la ribera.

Ya el campo seco en torno reverdece,
Y el arroyuelo hinchado
Con la nieve, agora no estremece
Ni al pastor ni al ganado.

Ya la triste ave el deshonor eterno
De la Cecrópia casa
Llora, y á Itis con gemido tierno
El pobre nido amasa

.....
.....

Ya los pastores de las pingües greyes
Danzan en blanda yerba,
Y al Dios de Arcádia cantan mil amores
Con la flauta sonora:

Al Dios que ama el ganado dan loores
Y el bosque umbroso mora, etc., etc.

D. Rafael José de Crespo, catedrático de Jurisprudencia en la Universidad de Zaragoza, magistrado en varias Audiencias, y autor de una novela política en sentido realista, *D. Papis de Bobadilla*, dejó manuscrita una traduccion de la *Poética* de Horacio en ménos sílabas que el original, más concisa aún que la de Horcasitas, pero en dotes literarias muy inferior, por ser Crespo hombre, aunque erudito, del más perverso gusto que puede imaginarse.

Hermosilla insertó en su *Arte de hablar* (tomo II, páginas 171 y 72) dos ensayos diversos de traduc-

(1) *Las elegías de Tibulo, traducidas por D. Manuel N. Perez del Camino, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez. Madrid, imp. de J. Peña, 1874.*

(1) Santander, imp. de J. M. Martínez. Próximas á publicarse.

cion del *Quid dedicatum poscit Apollinem*, ambos de su cosecha. No pasan de los primeros versos.

Lugar muy inmediato á Búrgos merecen los eminentes literatos D. Alberto Lista, D. Francisco Martínez de la Rosa y D. Juan Gualbertó Gonzalez. En las poesías del primero, impresas en 1822 (Imp. de D. Leon Amarita), y reproducidas con grande aumento en 1837 (Imp. Nacional), hay las siguientes traducciones de Horacio:

4.ª del libro IV: *Qualem ministrum fulminis alitem*. Iguala ó excede á la de Búrgos. Júzuese por las dos primeras estancias:

Como el ave, del rayo devorante
Ministradora fiel, á quien benigno
El Dios mayor de las empíreas sedes,
Sobre los aires y la grey volante
Le concedió el imperio (premio digno
Al robo del purpúreo Ganimédes)
Jóven ya, más de empresas arrogante,
Huye el risco natío
Á do la impele el heredado brío,
Y al ahuyentar las brumas heladoras
El vernal viento que florece el año,
Del no usado volar la da enseñanza,
Meciéndola en sus alas tembladoras:
Ora, enemiga al tímido rebaño
Sobre el redil con ímpetu se lanza,
Ora contra serpientes luchadoras,
Furiosa la espolea
El amor de la presa y la pelea, etc.; etc.

19.ª del libro I, *Bacchum in remotis*. En esta lleva la ventaja Búrgos.

3.ª del mismo, *Sic te Diva potens Cypri*. También esta me parece inferior á las de Jáuregui y Búrgos, y otra que citaré despues. Está hecha, sin embargo, con primor y esmero notables. Publicóse con muchas variantes en las *Poesías de una Academia de Letras Humanas* (Sevilla, 1797). Es preferible el texto de las *Poesías de Lista*.

32.ª del libro II, *Poscimus si quid vacui sub umbrâ*. Imitacion de la oda 6.ª del libro II, *Septimi Gades aditure mecum*. En Lista está dedicada á *Dalmiro*. Vió la luz por vez primera en las citadas *Poesías de la Academia de Letras Humanas*.

Imitacion de la 7.ª del libro I, *Laudabunt alii*. Dedicada en Lista á *Eutimio*. Composicion muy linda, en que Guillermo Penn hace el papel de Teucro.

MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

(Continuará.)

LA HISTORIA VERDADERA
DEL
CONCILIO DEL VATICANO.

IV. *

Cualquiera que haya estudiado con atencion el pontificado de Pio IX se resistirá á creer que la definicion del dogma de la infalibilidad del Pontífice romano sea obra de un partido ó resultado de una intriga. Si la fe remueve las montañas, las pandillas y las cábalas son medios demasiado humanos y demasiado mezquinos para que puedan ejercer influencia alguna en los Concilios ecuménicos. No demuestra ser, no diré de razon justa, pero sí de razon juiciosa, quien no busque á tan grandiosos efectos causas más elevadas y dignas de ellos. Por lo demas, las que reconoce el acto de que se trata brillan en la superficie misma de la historia de este Pontificado.

Antes de la reunion del Concilio del Vaticano, Pio IX habia llamado á Roma en tres distintas veces á los obispos de la Iglesia universal. En 1854 se reunieron 206 cardenales y obispos para la definicion de la Inmaculada Concepcion; en 1862 asistieron 265 obispos á la canonizacion de los mártires del Japon; y ahora 500 obispos de todas las partes del mundo iban á celebrar juntos el décimo octavo centenario del martirio de San Pedro. Jamás ningun Pontífice, entre los 256 que han precedido á Pio IX, estableció una union más íntima entre el episcopado y su persona.

Cada una de estas tres Asambleas ha tenido su significacion especial. En 1854, los obispos asistieron á la promulgacion de un artículo de fe, decretado por la sola autoridad de su Jefe; en 1862, proclamaron unánimes su creencia de que el poder ó principado temporal del Pontífice romano es una gracia de la Divina Providencia concedida con el fin de que el Jefe de la Iglesia pueda ejercer su primacía espiritual con libertad é independendencia. En 1867, 500 obispos se adhirieron unánimemente á los actos pontificales de Pio IX respecto á la enseñanza de la verdad y á la condenacion del error, y especialmente al *Syllabus*, cuya publicacion era entónces reciente, y que no es otra cosa que un resumen de los actos publicados con anterioridad á aquella fecha por Pio IX en numerosas é importantes Encíclicas y otras cartas apostólicas.

Estas tres reuniones celebradas junto á la tumba del Apóstol y alrededor del trono de su sucesor; constituyen una manifestacion explícita de sumision

* Véanse los números 165, 167 y 169, págs. 503, 545 y 610.

á la primacía del Santo Padre y un reconocimiento algo más que implícito de su magisterio infalible.

Es un hecho que desde 1854 la infalibilidad del Pontífice de Roma ha sido objeto, más que en ninguna otra época anterior, de la viva y constante solicitud del episcopado. Si Pio IX no estaba investido de un magisterio infalible, ¿qué era, pues, el acto de 1854? Preciso es recordar al efecto que los obispos reunidos para la definición de la Inmaculada Concepción no constituían ni un Concilio ecuménico ni otro Concilio cualquiera. No habían sido convocados á un Concilio. Pio IX solo fué quien declaró el dogma de la Inmaculada Concepción. Por lo tanto, ó este acto del Soberano Pontífice es un acto infalible, ó no es absolutamente nada. Fuera de la Iglesia, es indudable que el mundo no le concede ningun valor; pero el episcopado entero, y con él la unidad católica, lo considera como una decisión infalible.

Es, pues, seguro que uno de los más importantes resultados de los sucesos de 1854 fué el de despertar en el ánimo del clero y de los laicos la idea de la infalibilidad. Lo mismo que la canonización de 1862 hizo brotar del sero de la Iglesia el reconocimiento expreso de las prerogativas del sucesor de Pedro.

Durante una larga serie de años Pio IX había condenado en alocuciones y cartas apostólicas las doctrinas de ciertos filósofos y las teorías revolucionarias. Su ministerio supremo de doctor de la Iglesia universal había sido negado por los que trataban de reducirle á los dogmas de la fe. En medio de estas discusiones y estas luchas continuas, los obispos reunidos en 1862 dirigieron al Papa estas memorables palabras:

«Vivid mucho tiempo para regir la Iglesia católica! Continúa, como hasta aquí, defendiéndola con vuestro poder, guiándola con vuestra prudencia, dándole realce con vuestras virtudes. Marchad delante de nosotros, como el Buen Pastor, por vuestro ejemplo; dad á los corderos y á las ovejas el alimento celestial. Porque vos sois para nosotros el maestro de la perfecta doctrina, el centro de la unidad, la luz infalible encendida para las naciones por la divina sabiduría. Sois la piedra sobre que está edificada la Iglesia, y contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno. Cuando vos habláis, oímos la voz de Pedro; cuando vos disponéis, obedecemos á la autoridad de Jesucristo (1).»

Sería preciso, en verdad, tener poco discernimiento para no comprender cómo fué evidenciada la infalibilidad del Pontífice romano por esos dos actos, uno de los cuales, el de 1854, definió un

dogma de fe, y el otro, el de 1862, afecta á materias que, sin ser artículos de fe, no por eso están ménos relacionadas con su supremo ministerio de «doctor que enseña á todos los cristianos.»

Pero prescindiendo del irresistible poder con que esos dos sucesos impusieron á todos los ánimos la cuestión de la autoridad del Pontífice, como sucesor de Pedro, el Centenario de San Pedro ejerció en este sentido una influencia mayor aún y más eficaz. En el mes de Junio del año 1867 empezaron á llegar á Roma los obispos de todas las partes del mundo. Hubo entre ellos quien, por responder al llamamiento del Santo Padre, tuvo que atravesar regiones muy lejanas de todo camino practicable. Unos venían del extremo Oriente; otros de los más remotos confines de Occidente; muchos llegaban de América; y algunos de Africa y de Australia. Treinta naciones había representadas por sus patriarcas, sus primados, arzobispos y obispos. En las calles de la Ciudad Eterna se oía hablar en todas las lenguas y se veían todos los trajes del mundo. Se calculó que la población de Roma fué casi duplicada por los católicos que asistieron de todos los países del globo. ¿Y cual era la causa de tan inmensa concurrencia de prelados y de fieles? Únicamente la creencia de que Pio IX es el sucesor de Pedro y el heredero de la primacía del príncipe de los Apóstoles, con todas las prerogativas y las gracias correspondientes á esta primacía. Desde el Concilio de Calcedonia y el segundo Concilio de Lyon, jamás se habían encontrado reunidos en el mismo lugar 500 obispos. En Calcedonia, donde los obispos exclamaron: «*Pedro ha hablado por Leon,*» Leon se hallaba ausente. Pero esta vez, en Roma, el sucesor de Pedro estaba á la cabeza del Episcopado. Lo que entónces se celebró no fué solamente la fiesta conmemorativa del martirio de San Pedro, sino la de su primacía sobre el mundo entero. Los obispos, al reunirse alrededor de la tumba del Apóstol, en la gran basilica de Constantino, sabían que iban á profesar su fe en el ministerio de su sucesor.

Sería salirse del objeto de la historia del Concilio del Vaticano hacer aquí la descripción de las ceremonias exteriores del Centenario. Mas para apreciar mejor, sin embargo, los actos del Concilio, es necesario darse cuenta exacta de la influencia que ejerció en él el Centenario. No es avanzar demasiado, en efecto, afirmar que el Centenario del martirio de San Pedro ha sido la causa más poderosa de la definición de la infalibilidad. Claramente podemos demostrar la verdad de esta afirmación con el simple relato de los hechos.

Las solemnidades del Centenario consistieron en los siguientes actos:

En primer lugar, el Consistorio del 26 de Junio, al que asistieron 500 obispos. Siendo tan crecido e

(1) Declaración de los obispos, 8 Junio, 1862. Véase las *Actas de la canonización de los mártires del Japon*, pág. 543. Roma, 1864.

número, no pudieron reunirse en la sala del Consistorio y tuvo lugar la Asamblea en el atrio de San Pedro. Sabido es que allí se celebra la cena el Jueves Santo. En este Consistorio anunció públicamente, por primera vez, Pio IX su intención de convocar un Concilio ecuménico.

Después vinieron las fiestas del Centenario. Las primeras vísperas fueron cantadas solemnemente por el Papa, en San Pedro; el día 28. La misa pontifical se celebró al día siguiente, en el altar mayor, ante la mitad de los obispos del mundo entero.

Y, por último, el 1.º de Julio, dió audiencia el Santo Padre á los obispos, á fin de conocer las contestaciones de éstos á su alocución del 26.

Antes de emprender la exposición de estos sucesos, conviene recordar un hecho que da bastante luz respecto á la intención que abrigaba Pio IX al convocar el Concilio. El 17 de Junio era el aniversario de su creación. Después de haber dicho misa en la capilla Sixtina, pasó á la capilla Paulina para quitarse los ornamentos pontificales. El cardenal vicario, en nombre del Sagrado Colegio, pronunció el discurso de felicitación de costumbre. Según las últimas frases de este discurso, el Sagrado Colegio deseaba al Santo Padre «salud y larga vida para llegar á ver la paz y el triunfo de la Iglesia.» El Papa respondió sustancialmente lo que sigue:

«Agradezco de todo corazón vuestros deseos, pero someto su realización á la voluntad de Dios. Nos hallamos en un momento de gran crisis. Si sólo juzgamos por el aspecto de las cosas humanas, no hay esperanza. Pero abrigamos una confianza más alta. Los hombres están ofuscados por sueños de unidad y de progreso; mas ni el progreso ni la unidad son posibles sin la justicia. Basados en el orgullo y el egoísmo, ni una cosa ni otra son más que ilusión. Dios me ha encomendado la misión de proclamar las verdades sobre que descansa la sociedad cristiana, y condenar los errores que minan ó destruyen sus cimientos. Y mi voz no ha permanecido en silencio. En la Encíclica de 1864 y en la que se llama el *Syllabus*, he mostrado al mundo los peligros que amenazan á la sociedad, y he condenado las falsas teorías que atacan á su existencia. Esto mismo confirmo hoy en vuestra presencia, proponiéndoslo nuevamente como regla de vuestra enseñanza. A vosotros, venerables hermanos, llamo ahora en mi auxilio, como obispos de la Iglesia, para que me acompañéis en la lucha contra el error, y cuento con vuestro apoyo. Me encuentro solo y anciano, y vosotros habeis venido á sostener mi brazo. La Iglesia tiene que sufrir; pero saldrá victoriosa.»

Aun no considerando el Centenario sino como demostración de un poder moral, como manifestación de la superioridad del orden moral sobre el orden

material, tiene mucha importancia. Pio IX se encontraba sin la protección de las potencias católicas, de las que hasta entonces había sido Francia la mandataria, y sabía que la revolución llegaría hasta Roma con mayor violencia que en 1848. En la seguridad de una tormenta inevitable, había invitado el año anterior al episcopado católico á que se reuniera en Roma en 1867. No, no hay acontecimiento en este siglo que haya hecho brillar más visiblemente á los ojos del espíritu, ni que haya manifestado de una manera más palpable para las facultades humanas, la unidad, la universalidad, la unanimidad y la autoridad de esa Iglesia que sola, y con exclusión de cualquiera otra, puede responder al doble criterio de que habla San Agustín, *Cathedra Petri y diffusa per orbem*. El Centenario ha sido una profesión de fe, sin la menor mezcla de controversia. Hasta los que han dejado de formar parte de la unidad de la Iglesia le han reconocido ese carácter. Ninguno que creyera en el cristianismo y deseara la extensión del reino de Nuestro Señor podía dejar de proclamar, en aquella grande asamblea, los vastos fundamentos establecidos por la misión apostólica. Porque aún los mismos disidentes que rechazan ciertas doctrinas católicas reconocen el símbolo de los Apóstoles, el Credo conservado por la Iglesia católica. Aun estos que solo creen en la Escritura, y, con mayor razón, los que se someten á la autoridad de los Padres de la Iglesia y de los Concilios, saben que el sosten, la salvaguardia de todos los fundamentos de la religión cristiana, es esa misma Iglesia que se reunió aquel día alrededor del centro de su unidad. La Iglesia repartida por la superficie entera del globo es el mayor testimonio sobre que, en último análisis, deben apoyarse todos los cristianos. Haced desaparecer de la tierra á la Iglesia católica y romana, y ¿qué quedará del cristianismo? Pues bien, estas razones son las que han impuesto un respetuoso silencio aún á los mismos que viven fuera de la unidad de la Iglesia. Y si tal ha sido el efecto producido por el Centenario en los numerosos disidentes y amigos de la justicia, ¿cuál no habrá sido su influencia entre los católicos? No es posible hacerla resaltar más claramente de otro modo que citando las palabras pronunciadas por Pio IX en su alocución del 26 de Junio, y la contestación dada por los obispos al Santo Padre.

He aquí cómo habló el Papa á los quinientos obispos que habían ido de todas las partes del mundo á reunirse en torno suyo:

«Considerando el interés general de los fieles, ¿qué puede haber, venerables hermanos, más oportuno y saludable para las naciones católicas, ni más á propósito para aumentar su obediencia á la Sede apostólica, que darles pruebas del profundo respeto de sus pastores á la santidad y los derechos de la

unidad católica, y hacerles ver á esos pastores atravesar grandes distancias por mar y tierra, para atestiguarlo, sin retroceder ante ninguna dificultad y sin que se entibien sus deseos de rendir homenaje en nuestra humilde persona al sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo en la tierra? Porque, por esta autoridad del ejemplo, mejor que de ningun otro modo, comprenderán las naciones católicas qué veneración, qué obediencia y qué sumisión deben sentir hácia nos, á quien ha dicho Nuestro Señor, en la persona de Pedro: «Apacienta mis corderos y mis ovejas», confiándonos é imponiéndonos, por estas palabras, el cuidado y el poder supremos de la Iglesia universal.

En efecto, Jesucristo Nuestro Señor, ¿podía tener otra intención que esta, cuando instituyó á Pedro como el jefe que debía sostener la estabilidad de sus hermanos, diciéndole: «He rogado por tí para que tu fe no se debilite?» Esto quería decir, según lo explica San León, que «el Señor se tomó un cuidado especial por Pedro, rogando expresamente por su fe, como si el estado de los demás debiese ser más seguro desde el momento en que el espíritu de su jefe se hiciera invencible. En Pedro, por consiguiente, estaba reconcentrada la fuerza de alma de todos, y el auxilio de la gracia divina se hallaba ordenada de tal modo que la estabilidad dada á Pedro por Jesucristo fué comunicada por Pedro al resto de los Apóstoles.» Nunca, venerables hermanos, hemos dudado de que esta tumba en que reposan las cenizas del bienaventurado Pedro exhala un secreto poder y una virtud saludable que inspiran á los pastores del rebaño del Señor...»

Los obispos contestaron unánimemente:

«Tomamos una parte tanto más ferviente en las fiestas que en estos momentos se celebran, cuanto que vemos en la solemnidad del día la inquebrantable firmeza de la Piedra sobre que Nuestro Señor y Salvador ha edificado su Iglesia, sólida y perpetua. Porque bien sabemos que al poder divino se debe que la cátedra de Pedro, el órgano de verdad, el centro de unidad, el fundamento y baluarte de la libertad de la Iglesia, se haya sostenido firme é inmutable, durante mil ochocientos años, en medio de tantas circunstancias adversas y á pesar de los constantes esfuerzos de sus enemigos; y que mientras los reinos y los imperios no cesaban de levantarse y hundirse, este púlpito se haya conservado así, como un faro seguro, para alumbrar el camino de la humanidad por el tempestuoso mar de la vida, y guiarla con el resplandor de su luz al puerto de salvación.

Hace cinco años rendimos al sublime ministerio de que os hallais investido el homenaje que le debemos, é hicimos públicos nuestros votos por vos, por vuestro principado civil y por la causa del derecho

y de la religión. Entónces declaramos, tanto verbalmente como por escrito, que nada nos era más grato que creer y enseñar lo que vos creéis y enseñáis, y rechazar los errores que vos rechazáis. Todas nuestras declaraciones de entónces las renovamos y confirmamos hoy. Habeis juzgado que corresponde á vuestro supremo ministerio proclamar las verdades eternas, condenar los errores del mundo que amenazan confundir el orden natural y el orden sobrenatural, así como los verdaderos fundamentos del poder eclesiástico y del poder civil, á fin de que todos sepan lo que cada católico debe creer, conservar y profesar. Creyendo firmemente que Pedro ha hablado por boca de Pío, todo lo que vos habeis dicho, confirmado y proclamado para conservar sano y salvo ese depósito, también nosotros lo decimos, confirmamos y proclamamos; y á una voz y con unánime voluntad, rechazamos cuanto habeis creído oportuno reprobar y rechazar como contrario á la fe, á la salud de las almas y al bien de la sociedad humana. Porque lo que los padres del Concilio de Florencia definieron en un decreto sobre la Unión se halla firme y profundamente arraigado en nuestras conciencias, á saber: que el Pontífice de Roma «es el Vicario de Jesucristo, el Jefe de la Iglesia entera y el padre y protector de todos los cristianos; y que á él, en la persona del bienaventurado Pedro, le confió Nuestro Señor Jesucristo la misión de alimentar, regir y gobernar la Iglesia universal» (1).

No se comprendería el sentido completo de esta declaración de los obispos, si se perdiera de vista que ellos se referían á los actos doctrinales realizados por Pío IX durante todo el curso de su pontificado, de los cuales eran los más importantes y recientes la definición de la Inmaculada Concepción, la Encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus*. Vemos, pues, á la mitad de los obispos católicos proclamar que desde el momento en que oyeron la voz de Pío IX, todas las declaraciones y condenaciones del sucesor de Pedro fueron consideradas por ellos, no como constitución precisamente de los artículos de fe, puesto que la mayor parte del *Syllabus* se refiere á las materias no reveladas, sino como la regla á que debía ajustarse su enseñanza. ¿Con qué seguridad ó qué sinceridad podría dirigirse semejante proclamación á un doctor cualquiera cuyas declaraciones y condenaciones careciesen de una seguridad y una garantía especiales? Sin duda, estas palabras no declaraban explícitamente que el Pontífice de Roma sea infalible; pero el lenguaje de la mitad del episcopado merecería seguramente el reproche de gran temeridad, si no creyesen los obispos que

(1) *Petri Privilegium*, parte I, páginas, 28-33. Longmans.

la enseñanza del Jefe de la Iglesia está, por una gracia especial, exenta de error.

Hé aquí cómo se preparó el discurso de que hemos tomado el párrafo que se acaba de leer. Se celebró una reunion general de obispos en el palacio Altieri, para proceder á la redaccion de la respuesta que debían dar á la alocucion del Santo Padre. Había en ella obispos de todas las naciones, y se reconoció que sería imposible elaborar un documento en el seno de tan numerosa asamblea. Se resolvió, pues, encomendar su redaccion á una comision compuesta de siete individuos, que fueron el cardenal de Angelis, arzobispo de Fermo; los arzobispos de Sorrento, de Zaragoza, de Kalocsa, de Thesalónica (hoy cardenal Franchi), de Westminster y obispo de Orleans. En la primera sesion de la comision se acordó confiar la confeccion del documento á Mgr. Haynald, arzobispo de Kalocsa. En la segunda sesion se examinó el proyecto, que fué aprobado en sus principales ideas. En un punto, sin embargo, que se relacionaba especialmente con la historia del Concilio, se sometió á una importante revision. Se usaba repetidas veces la palabra *infalible*, aplicándola al ministerio y á la autoridad del Pontífice. El empleo de este término, que es la expresion de una doctrina de la verdad católica, no fué objeto de la menor objecion por parte de ninguno de los miembros de la comision. Se hizo observar, no obstante, que la palabra *infalible* no se había usado hasta entónces más que en los Concilios provinciales, en las cartas pastorales ó de las escuelas teológicas; que nunca se había empleado en los actos formales de ningun Concilio general de la Iglesia; y que, además, no hallándose reunidos en Concilio los 500 obispos entónces presentes en Roma, no parecía prudente usurpar las atribuciones de un Concilio. Aprobados por todos estas consideraciones, se propuso en seguida que se emplearan en la contestacion los términos del Concilio de Florencia, es decir, de la autoridad que consagraba el decreto de fecha más reciente sobre la primacia del Pontífice romano. Esta proposicion no dió lugar á objecion alguna, en cuanto al fondo del asunto; únicamente se hizo observar que el proyecto contenía ya expresiones más acentuadas que las del decreto del Concilio de Florencia, en el que no se proclama más que implícitamente la infalibilidad del jefe de la Iglesia en su cualidad de preceptor de todos los cristianos, mientras que el proyecto en cuestion declaraba explícitamente que «Pedro había hablado por boca de Pio.» A esto se respondió, que aunque evidentemente se afirma en tales palabras que la voz del Pontífice es infalible como lo fué la de Pedro, no es ménos cierto que esta aclamacion de los padres del Concilio de Calcedonia y de los del tercer Concilio de Constantinopla, ha sido siempre, y no sin

motivo, descartada como de poco peso en la controversia, y por constituir cuando más una ponderacion metafórica de la autoridad de Leon y de Agathon. Se expuso además que esas palabras no representan fórmulas doctrinales y ménos aún definiciones, sino únicamente aclamaciones; y las aclamaciones, decían, no definen nada, y no pueden constituir motivos de fe, ni ser aceptadas en la terminologia de la controversia. En consecuencia, se decidió por el voto de casi todos, ya que no por unanimidad, emplear las expresiones del decreto del Concilio de Florencia.

Hemos procurado citar estos hechos detalladamente; y más adelante se verá su importancia. Prueban que en el Centenario de 1867 la primacia del Pontífice de Roma, con todas sus prerogativas y atribuciones, se hallaba latente en la conciencia de los obispos.

El Centenario, con sus grandiosas solemnidades, ha hecho resaltar el doble ministerio del sucesor de Pedro en materia de doctrina y de jurisdiccion ó, en otros términos, su primacia y el favor divino, que le sostiene perpétuamente en su mision de guardian de la fe revelada. Aquellos hechos demuestran al mismo tiempo la circunspeccion con que los miembros de la comision evitaron cuanto podía aparecer como un deseo de adelantar la accion del Concilio del Vaticano, ó de comprometer á los obispos, por el empleo de una ú otra frase, á una declaracion más avanzada de la autoridad doctrinal de la Iglesia. No puede dudarse, sin embargo, de que la impresion producida por el Centenario en el ánimo de los obispos, decidió á muchos de ellos á provocar, por todos los medios que estuvieran á su alcance, la terminacion de una controversia que periódicamente había perturbado á la Iglesia en el trascurso de los siglos.

HENRY EDWARD,
Cardenal-arzobispo de Westminster.

(Continuará.)
(The Nineteenth Century.)

VOCABULARIO DE LA ECONOMIA

(Conclusion.) *

SALARIO.

Es el precio de los servicios económicos, la cantidad de riqueza que se obtiene en cambio de un esfuerzo productivo, hecho por cuenta ajena.

El salario es la retribucion fija del trabajo, la que percibe del empresario sin exponerse á los riesgos de la industria ni gozar de todos sus beneficios.

Como precio ó retribucion que es, el salario se divide en natural y corriente. El salario natural

* Véanse los números 161, 162, 163, 165, 166, 167, 168, 169 y 170, páginas 365, 398, 439, 500, 522, 558, 598, 633 y 658.



consiste en el importe de los gastos que hace el trabajador en la industria, más una cuota proporcionada de beneficio; y á su vez los gastos de producción del trabajo comprenden en primer lugar los *gastos de manutención*, necesarios para reponer y conservar las fuerzas del obrero; y en segundo, los *gastos de renovación*, precisos para que cada trabajador sostenga una familia en que se forme y eduque el que ha de reemplazarle cuando muera ó se inutilice. Los gastos de una y otra clase dependen y se hallan en razón directa: 1.º, de la elevación de las facultades que el trabajador ejercita; 2.º, de la intensidad del esfuerzo que hace; 3.º, del tiempo que tarda en obtener el producto, y 4.º, de los riesgos á que se expone (1). La diversidad de combinaciones que esas circunstancias ofrecen en la industria explica y justifica la desigualdad de los salarios.

El salario corriente ó precio del trabajo en el mercado se determina por la relación de la oferta y la demanda. La oferta está representada por el número de brazos que desea colocación en la industria, y la demanda por la suma de los capitales activos. Por eso ha dicho un economista que los salarios suben cuando dos empresarios solicitan á un obrero, y bajan cuando dos obreros solicitan á un empresario. El salario corriente tiende á confundirse con el natural y se nivela en todas las industrias, porque los trabajadores acuden con preferencia á las que dan mayor beneficio y aumentan la oferta en ellas, al paso que la disminuyen retirándose de las que no recompensan sus esfuerzos. Esto sucede, sin embargo, dentro de ciertos límites, porque el trabajador cambia difícilmente de industria, y sobre todo no impide que los salarios sean injustos, ya por exceso ó por defecto, cuando hay desproporción entre el número de los trabajadores y el de los capitales que han de emplearlos.

La condición del trabajador y el capitalista en la competencia que fija los salarios no es enteramente igual, aunque sí muy parecida: el obrero necesita para vivir el salario; pero el capitalista sin el concurso de aquél ve esterilizarse ó destruirse sus riquezas, siente la privación de ciertas satisfacciones y puede llegar también á la miseria; de suerte que cada uno ha de contar con el otro y la dependencia es mutua. A pesar de ese estrecho lazo que pide la armonía, no suelen ser muy cordiales las relaciones del capital y el trabajo, que más á menudo se consideran como adversarios que como socios, y aprovechan las ocasiones que se les presentan de aumentar sus beneficios el uno á expensas del otro.

Las *coaliciones* son el arma con que suelen ha-

cerse la guerra trabajadores y capitalistas, y el medio de que se valen para cambiar la situación del mercado cuando les es contraria respectivamente. Los empresarios se coligan para despedir al trabajador que no acepte la rebaja del salario, y los obreros de común acuerdo abandonan al capitalista cuando no consiente en aumentar la retribución que percibían. Las coaliciones son legítimas si se proponen remediar alguna injusticia de la ley de la oferta y la demanda, que separa al salario corriente del natural; en cualquier otro caso son altamente inmorales, porque tienden á arrebatar al capital ó al trabajo los beneficios que le corresponden. Pero las coaliciones son un triste recurso, contrario á los intereses de todos y estéril las más veces: su primer efecto consiste en la paralización de la industria, en la *huelga*, que perjudica por de pronto al capitalista y al trabajador, porque aquél se queda sin el interés y éste sin el salario, al último sobre todo, que se ve obligado á consumir sus ahorros, si los tiene, ó á imponerse duras privaciones: colocadas las cosas en el terreno de la violencia, es muy común que ocurran desórdenes y conflictos aún más graves; pero, aunque así no suceda, al cabo de más ó menos tiempo, alguno ha de ceder, y logra la victoria, no el que tiene razón, sino el más fuerte; el vencido tiene que volver á aceptar las condiciones que ántes rehusaba, y los daños sufridos por unos y otros no pueden remediarse de modo alguno.

La acción del Estado á quien se pide que intervenga en la fijación de los salarios, es también ineficaz, porque su autoridad será desobedecida tan pronto como disponga algo que no esté de acuerdo con la situación del mercado.

La ley de la oferta y la demanda es dura, pero es la que rige el cambio, y el que sea condenado por ella debe resignarse para no agravar su suerte, en tanto que la conducta económica no se inspire en principios más elevados. Los intereses del trabajo y el capital no pueden conciliarse mientras no invoquen á la razón y la justicia para establecer esas relaciones. La creación de los jurados mixtos de trabajadores y capitalistas, llamados á decidir sus diferencias y á fijar su situación respectiva, es el primer paso dado para una organización más racional de la industria y un reparto más equitativo de sus beneficios.

SALIDAS.

Se da este nombre á los medios de colocación y cambio con que cuentan los productos, ó sea á la suma de las necesidades que los demandan, provistas de recursos suficientes para adquirirlos.

J. B. Say es el que ha introducido ese término en el lenguaje económico, con su *teoría de las salidas*, fundada en el principio de que *los productos se*

(1) Carreras y Gonzalez, *Tratado didáctico de Economía política*, páginas 327 y 332 de la segunda edición.

cambian por productos, cuyas consecuencias no pueden ser más interesantes. Cada producto es una salida para los demás, y consigue tanto mejor precio cuanto mayor es el número de aquellos con los que puede cambiarse; de aquí que el daño sufrido por una industria afecte á todas ellas y que la prosperidad de alguna favorezca á las restantes, que á cada cual interese el bienestar de los otros y que los individuos, como las naciones, consigan más beneficios cuanto más ricos son aquellos con quienes tratan.

SATISFACCION DE LAS NECESIDADES ECONÓMICAS.

Consiste en la aplicación de los *productos* á las exigencias de nuestra naturaleza. Esta aplicación será legítima, bajo el aspecto económico, en tanto que lo sea la necesidad á que se dirige y en cuanto se haga del *medio* ó producto el uso natural y propio de sus condiciones.

La doctrina de que la Economía debè limitarse á buscar la manera de satisfacer todas las necesidades sin cuidarse de su índole, es incompatible con los principios fundamentales de la ciencia misma y se opone además á la armonía entre el orden moral y el económico. (Véase *Necesidades económicas y Consumo*.)

SEGURO.

Es una institución que tiene por objeto prever los riesgos que corren los bienes materiales y atenuar sus efectos, indemnizando á los dueños en el caso de pérdida ó *siniestro*.

El seguro es una de las aplicaciones del principio de asociación, que se realiza dividiendo entre muchas cosas, sometidas al mismo peligro, el daño que llegan á sufrir algunas de ellas. De esta suerte se cambia en un pequeño sacrificio de la comunidad la pérdida que arruinaría á cada uno de los asociados, si hubiera de soportarla individualmente.

Pueden ser objeto del seguro toda clase de daños; el incendio, la sequía, la inundación, el naufragio, etc., y pueden por consiguiente disfrutar de esa garantía todas las propiedades y todas las industrias.

El tanto que paga cada uno de las cosas aseguradas para constituir el fondo común que ha de satisfacer las indemnizaciones necesarias, se llama *prima del seguro*, y puede ser *fija* y *eventual* ó *dividendo*, según que el seguro se establezca por la mediación de un empresario que toma sobre sí los riesgos, ó por medio de una sociedad en que los aseguradores son los mismos asegurados, en cuyo caso se dice que el seguro es mutuo.

Los grandes beneficios que reportan las asociaciones de seguros, crecerán considerablemente el día en que se organicen para algo más que indemnizar siniestros y extiendan su acción á prevenirlos, obrando sobre las causas que los producen.

Llámanse también, aunque muy impropriamente, *sociedades de seguros sobre la vida*, las que se constituyen para formar capitales, rentas, pensiones, etc., por medio de imposiciones calculadas conforme á la probabilidad de la vida, y haciendo que los fondos del asociado que muere acrezcan los intereses del superviviente.

SERVICIOS ECONÓMICOS.

Son los actos que se dirigen á proporcionar á otro sujeto, ó á adquirir indirectamente, por medio del cambio, los bienes materiales.

El concurso prestado en la industria al trabajo ajeno con un esfuerzo personal, es la forma propia de los servicios económicos.

Sin embargo, los actos que no son industriales y pertenecen á otros órdenes de la vida, entran también en la relación económica. El trabajo del sacerdote y del abogado, v. gr., no se dirige á la formación de la riqueza, no obra sobre las cosas, y se propone como fin realizar el culto y la justicia; pero tiene carácter económico, en tanto que esas funciones son retribuidas, y los que las ejercen obtienen por su medio los bienes materiales.

La diferencia es considerable entre los servicios propia é inmediatamente económicos, y los que sólo lo son de una manera mediata, y por uno de sus aspectos: los primeros consisten en operaciones productivas y crean valores; los segundos no aumentan la riqueza existente, ántes bien la consumen: cuando el empresario paga á un trabajador le retribuye con parte del beneficio que ha obtenido en la industria con su ayuda; cuando satisface los honorarios de su abogado ó del maestro que educa á sus hijos, no adquiere bienes económicos, sino que los aplica á la consecución del fin jurídico ó del científico.

Todos los actos humanos, en cuanto sirven para satisfacer las necesidades materiales, tienen utilidad, valor y precio; pero los unos dan lugar á un cambio entre dos cosas económicas, y en los otros es económica una sola de ellas, la retribución, que no el servicio.

El cambio de servicio por servicio será económico cuando alguno de ellos tenga este carácter.

SISTEMAS ECONÓMICOS.

Las doctrinas que merecen ese nombre y en que históricamente se desarrolla la ciencia de la economía, dan lugar á tres escuelas:

La *mercantil*, que hacía consistir la riqueza en la posesión de la moneda, y se proponía conseguirla reglamentando la industria y el comercio, de suerte que aumentaran las exportaciones y se disminuyera la importación todo lo posible. Estas ideas que consideran opuestos los intereses de las varias industrias, y de cada una de las naciones, no eran más que una explicación de los hechos, la justificación

de la conducta seguida desde lo antiguo en las relaciones económicas; pero no se formulan con apariencias científicas hasta el siglo XVI. Las consecuencias más importantes que de ellas se derivan son el *sistema protector* y el *sistema colonial*, y sus principales mantenedores fueron Antonio Serra en Italia, Tomás Mur en Inglaterra, Colbert y Torbonnais en Francia.

La escuela *agrícola* ó *fisiocrática* declara que la agricultura es la única industria productiva, porque solamente en ella se obtiene el *producto líquido*: las manufacturas y el comercio son útiles en cuanto transforman las cosas; pero no crean valor alguno y no alcanzan más que á compensar los gastos que hacen. El espíritu filosófico que guiaba las investigaciones de los fisiócratas los llevó á establecer la armonía de los intereses y á pedir la libertad económica. Francisco Quesnoy, médico de Luis XV, fundó la escuela agrícola en 1758 con la publicación de un *Cuadro económico*, y tuvo como discípulos más notables al marqués de Mirabeau, Dupont de Nemours, Turgot, y Gouranay, á quien se atribuye la célebre fórmula *laissez faire, laissez passer*.

La escuela *industrial* proclama que el trabajo es la fuente de la riqueza, y que todas sus aplicaciones son igualmente productivas; analiza minuciosamente algunas leyes de la actividad económica, y reclama la libertad de la industria y el comercio como indispensable para que obre la acción de la oferta y la demanda que ha de regular el cambio. Estos principios los expuso Adam Smith el año de 1776 en su famoso libro titulado *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones*, y á partir de esa fecha se ha considerado ya á la Economía como una ciencia constituida y en posesión de las verdades fundamentales relativas á su asunto. Los continuadores más importantes de Adam Smith han sido: en Inglaterra, su patria, Malthus, Ricardo, Mac-Culloch y Stuart Mill; en Alemania, Rau y Boscher; en Rusia, Storch; en Francia, Say, Rossi, Dunoyer y Bastiat; y en España, Florez Estrada, Carballo, Carreras y Gonzalez y Madrazo.

Las diferencias que separan á los discípulos de Adam Smith son tan interesantes, que afectan al concepto mismo de lo económico y á sus relaciones con los otros órdenes de la vida; pero la distinción capital que puede establecerse entre las doctrinas, por decirlo así, vigentes en Economía, es la que se marca en los tres sistemas que siguen:

El *individualismo*, que afirma la armonía de todos los intereses económicos por virtud de las leyes naturales que rigen en esa esfera, declara legítimos todos los efectos de la *concurrència*, pide la libertad como única condición necesaria para que la riqueza se produzca y distribuya del mejor modo posible, y desecha toda intervención del Estado en

este orden, reduciendo su misión á garantizar las personas y las cosas, á la administración de justicia en el más estricto sentido. La personificación más interesante de esta escuela es Federico Bastiat, y á ella pertenecen casi en totalidad los economistas españoles.

El *socialismo*, que halla contradictorios los intereses particulares, ve en la concurrencia el desorden y la injusticia, y quiere que el Estado intervenga y rija la vida económica, imponiendo á la libertad individual limitaciones que eviten los extravíos. Esta escuela presenta gran variedad de doctrinas, porque algunos de sus partidarios tocan en el comunismo, otros extienden ménos la atribuciones del Estado, y cada uno de ellos establece á su manera la organización económica de la sociedad, á que todos aspiran por medio del poder público. Proudhon ha sido el propagador más activo y afortunado de las ideas socialistas, y la *Internacional* es la institución que á ellas responde en el campo de los hechos.

El *armonismo*, por último, que reconoce en el orden económico la simultaneidad del fin individual y el colectivo, no como contradictorios sino como consecuencia necesaria de la personalidad y la sociabilidad humanas, encuentra que los intereses no se concilian por sí mismos, que la concurrencia puede dar lugar á graves males, y cree preciso para remediarlos que el principio del interés se subordine al del bien, que la actividad económica se inspire en las ideas del deber y la justicia: no quiere este sistema que el Estado dirija la producción, ni el cambio, ni el consumo de la riqueza; pero tampoco le aleja de ella por completo, ni le reduce á una acción puramente negativa, porque considera que debe hallarse en relación con todos los órdenes de la vida y le llama á ejercer en ellos cierta iniciativa, atribuciones como de inspección y estímulo. Estas doctrinas, que toman del individualismo el principio de libertad y el de organización del socialismo, tratando de realizar el uno por el otro, se han iniciado en Alemania por algunos profesores de Economía á quienes se llama *Kathedersocialisten* (socialistas en la cátedra) y han sido expuestas entre nosotros por los Sres. Giner (1) (D. Francisco) y Azcárate (2) (D. Gumersindo).

Tales son las direcciones que se disputan el predominio en la ciencia económica. Los individualistas niegan á los partidarios del socialismo hasta la condición de economistas, y son tratados por ellos con un desdén semejante; pero la escuela armónica, evitando todo exclusivismo, oye atentamente á unos

(1) En la cátedra de *Filosofía del Derecho*, que tan dignamente desempeñaba en la Universidad de Madrid, y en el libro titulado *Principios de Derecho natural*.

(2) *Estudios económicos y sociales*.

y otros, investiga sin preocupaciones y parece hallarse en camino de constituir la Economía sobre nuevas y más sólidas bases.

SOCIALISMO.

Aplicase esta denominacion á todas las doctrinas que niegan ó limitan el fin y la libertad del individuo por creerlos opuestos á los fines colectivos, y encomiendan al Estado el establecimiento de una organizacion de la sociedad que sobreponga el elemento comun á las aspiraciones individuales y le defiendan contra los ataques del interes privado.

El socialismo, en el órden económico, es enemigo de la propiedad individual, y si transige con ella para que el trabajo no quedé sin estímulo, la califica de mal necesario y la impone gran número de restricciones; rechaza la competencia, en que no ve más que el choque de los egoismos, y para evitarla pretende que el Estado dirija la produccion, el cambio y el consumo de la riqueza. Algunos socialistas parten ya de los principios del comunismo; todos son empujados hácia él por la fuerza de la lógica y el peso mismo de las cosas, y cada cual presenta una fórmula distinta de organizacion social, variando desde los que creen bastante tal ó cual atribucion del Estado, hasta los que piden el *falansterio*.

La reglamentacion de la industria hasta en los últimos pormenores, la tasa de los precios, el monopolio y la arbitrariedad por todas partes, son las consecuencias que se derivan del socialismo; pero las instituciones fundamentales y que más comunmente defienden los partidarios de esa escuela, son el *dominio eminente* del Estado, el *impuesto progresivo* y el llamado *derecho al trabajo*.

Atribuir al Estado un dominio eminente sobre todas las cosas, equivale á declarar que la propiedad individual es precaria, derivada de esa otra que está sujeta á cuantas trabas y gravámenes quieran imponérsela y á merced por completo del poder público. El fin social, en la parte que ha de cumplir el Estado, no es preferente ni está más alto que el fin individual; ambos son igualmente atendibles, y aquel sólo produce en los gobiernos el derecho de reclamar el impuesto, sin que pueda dar lugar en ningun caso á una propiedad directa y total sobre los bienes de los particulares.

La forma progresiva desnaturaliza el impuesto separándole de su objeto, que no es la nivelacion de las fortunas; se opone á la igualdad y á la justicia, porque á unos exige ligero sacrificio y se convierte para otros en confiscacion, y es además anti-económica porque amenaza á la actividad y castiga el aumento de la riqueza. El Estado, por otra parte, no puede señalar un término á la fortuna de los individuos, porque éstos tienen el mismo derecho á ser ricos que á ser científicos, morales ó religiosos, sin limitacion alguna.

La proclamacion del derecho al trabajo es indudablemente el más temible de los ataques que ha dirigido el socialismo á la libertad económica y la propiedad individual. Todo hombre puede pedir al Estado las condiciones jurídicas necesarias para el ejercicio de la actividad productiva; pero este *derecho de trabajar*, en vez de completarse desaparece y queda destruido con el *derecho al salario*, que es lo que, en último término, defienden los socialistas. El Estado, para dar colocacion á los trabajadores, tiene que hacerse capitalista y empresario; ha de luchar con la industria privada y acabará por absorberla, llegando á ser el único productor, porque no es posible la competencia con los *talleres nacionales*. Por otra parte, cuando hay hombres sin ocupacion, es que no existe capital bastante para emplearlos, y la intervencion del Estado no puede evitar el mal, porque disminuye en vez de aumentar los capitales con su viciosa administracion y lo que gasta en intermediarios.

El socialismo se preocupa más de *distribuir* que de formar la riqueza, y buscando ante todo la equidad en el reparto, se olvida de estimular y mantener la actividad en la produccion. El socialismo pide la *organizacion* de la industria y la *unidad* en el mundo económico, un tanto desordenado ciertamente y próximo á la anarquía; pero quiere conseguir las de una manera *artificial* y violenta por la fuerza del Estado, prescindiendo de la libertad, sacrificando este elemento esencial de la vida, cuando lo que hace falta no es destruirle, sino encaminarle rectamente, porque la solucion verdadera y lógica de los problemas económicos ha de hallarse en la libertad, no contra ella.

La escuela socialista es algo más que una doctrina científica; se organiza al lado de los partidos políticos militantes, y allega con afan medios de todas clases para influir de una manera activa é inmediata en el régimen de los pueblos. El establecimiento de la *Asociacion internacional de trabajadores* es su primera creacion, y los estragos de la *Commune*, proclamada en Paris en 1870, han sido su primer triunfo.—Este carácter del socialismo contemporáneo, que recurre á los procedimientos de la violencia para alcanzar la práctica de sus ideas, es lo que hay en él de más grave y censurable.

En otro sentido, los socialistas se aplican muy impropriamente los epítetos de revolucionarios é innovadores, porque su sistema representa la tradicion y el pasado. El régimen de castas, los monopolios gremiales, la reglamentacion, las prohibiciones del comercio, las trabas á la industria, todas las negaciones de la libertad y todas las formas de la tiranía, instituciones son del socialismo, ó que al menos se fundan en sus principios. La revolucion

que predicán sus partidarios es una revolución al revés; es una reacción, no es un progreso.

SOCIEDAD ECONÓMICA.

Es la asociación voluntaria creada para establecer una industria en que la retribución del capital y del trabajo empleados depende de los resultados que se obtengan. (V. *Asociación económica y Dividendo*).

SOCIEDADES COOPERATIVAS.

Asociaciones de trabajadores que pueden proponerse varios fines: suprimir en la industria la mediación del empresario, convirtiendo el salario en dividendo; disfrutar las ventajas del crédito, y obtener á bajo precio los artículos de consumo. (V. *Asociación económica*).

SUCEDÁNEOS.

Se da este nombre á los productos que, teniendo condiciones análogas á otros, pueden reemplazarlos en el consumo.

La satisfacción de las necesidades económicas puede conseguirse por medios muy diversos, y así es que cuando falta ó escasea algún artículo, se echa mano de aquellas cosas capaces de prestar un servicio semejante. Donde no hay trigo ó está muy caro, el pan se hace de centeno ó de maíz, ó se le sustituye con la patata; la sidra se usa en lugar del vino; el algodón suple á la seda; el azúcar de remolacha á la de caña, etc., etc.

El empleo de los sucedáneos tiene grandísima importancia, porque reduciendo la demanda de ciertos productos, atenúa el efecto de todos los monopolios y detiene la elevación de los precios.

TASA.

Es la limitación de los precios ó la fijación de un *máximum*, hecha por la autoridad pública.

La tasa, encaminada á favorecer el interés de los consumidores y á impedir la carestía de los productos, es injusta y anti-económica porque ataca el derecho de propiedad, y completamente ilusoria porque no consigue resultado alguno, y á lo sumo produce un efecto contrario del que busca. Los precios se determinan en virtud de circunstancias que no pueden estimar los reglamentos, y por su movilidad continua rechazan la fijeza que quiere darles la tasa. Cuando se señala á los artículos de riqueza un precio menor que el corriente, los productores eluden el mandato fácilmente, y si se ven obligados á cumplirle, ocultan y exportan su mercancía, ó, en último caso, abandonan la industria cohibida y tiene lugar una carestía mayor y más duradera que la que quiso evitarse.

TRABAJO.

Consiste en el ejercicio de nuestras facultades aplicado á la consecución de algún fin racional, y es condición precisa del desarrollo y progreso humanos en todas las esferas. No es, por tanto, todo

trabajo económico, sino únicamente aquel que se propone la satisfacción de las necesidades de este orden.

El trabajo es el principal de los elementos productivos, el que con verdad puede llamarse *agente*, porque hace efectiva la utilidad de las cosas, engendra los capitales y ordena y dirige, en suma, la obra de la producción. Pero el trabajo, aunque es el origen de la riqueza, no siempre lo consigue; resulta estéril ó improductivo cuando no conoce bien el fin á que se aplica ó no maneja con acierto los medios necesarios.

Divídese el trabajo económico en *físico é intelectual*, según que en él *predomina* la acción de unas ú otras facultades, ya que dada la unidad de nuestra naturaleza no es posible que obre ninguna de ellas aisladamente, y esto da lugar á una *jerarquía de los trabajadores*, que los distingue por la mayor ó menor elevación de las facultades que ejercitan en la industria, y señala á cada uno de ellos diversa consideración social y distinta recompensa.

Depende, pues, la productividad del trabajo: 1.º, de la *inteligencia* con que opera; así, el maquinista de un ferro-carril obtiene mucho más producto en el transporte que el arriero ó el conductor de diligencia: 2.º, siendo iguales las facultades del trabajador, el resultado está en razón directa de la *intensidad* del esfuerzo; de dos maquinistas que guían trenes, producirá más el que preste un servicio más difícil y asiduo; y 3.º, á igualdad de facultades y de esfuerzo corresponderá un valor proporcionado á la naturaleza de los *medios* que el trabajo emplea; en los industriales de que venimos hablando, la producción estará influida por las condiciones de la vía, de la locomotora, del combustible, etc.

El progreso económico, haciendo cada día más espiritual y ménos físico el trabajo, aumenta su dignidad y su eficacia.

Conviene repetir que el trabajo económico es ley de nuestra naturaleza; se funda en *el deber*, porque asignándole como único motivo el *interés* ó la *satisfacción de las necesidades*, se llega á la consecuencia equivocada de que pueden eximirse de trabajar aquellos que logran por otro medio los bienes materiales.

UNIDAD MONETARIA.

Es el tipo adoptado como base del sistema, para que á él se refieran siendo sus múltiplos ó divisores todas las monedas que circulan en un país.

La unidad monetaria debe fijarse conforme á la extensión de los cambios y buscando el término medio de los usuales, porque si es demasiado grande obliga á emplear de continuo las fracciones, y si es muy pequeña hay que valerse de muchos guarismos para expresar cantidades de poca importancia.

Discuten los economistas acerca de cuál de los

dos metales preciosos debe ser preferido para establecer la unidad monetaria. El oro, por las condiciones de su producción, tiene un precio más estable; pero ofrece el inconveniente de que la unidad en él ha tener un valor algo elevado, y por eso el medio generalmente adoptado consiste en fijar la base del sistema en una moneda de plata, y acuñar el oro como moneda auxiliar para las grandes transacciones.

UTILIDAD.

Es la condición del medio, y se dice de lo que sirve para algún fin, aplicándose, por consiguiente, á toda clase de objetos y relaciones. Útil es para el hombre todo lo que conduce á su destino.

Bajo el aspecto económico, la utilidad reside en las cosas de la Naturaleza y en los actos ó servicios de nuestros semejantes; en aquellas de una manera inmediata, porque se aplican directamente á las necesidades, y en estos de un modo mediato, porque nos sirven y auxilian para la adquisición de los medios materiales.

Sólo es económica aquella parte de la utilidad que depende del trabajo: las cosas que nos sirven por sí mismas y sin que la actividad intervenga, tales como el aire, la luz y el calor del sol, no entran en el orden económico. El hombre, sin embargo, no crea la utilidad, que es inherente á la naturaleza de las cosas, y lo único que hace es obrar sobre ellas, modificándolas, para *hacer efectiva* la utilidad que contienen y apropiarla á la satisfacción de nuestras necesidades.

Referida la utilidad económica como medio á las necesidades humanas, como fin, es esencialmente relativa y sufre todas las alteraciones que estas experimentan. Varía, pues, la utilidad en este sentido, según las condiciones individuales, el estado de la cultura, etc.; de suerte, que cosas útiles para unos dejan de serlo para otros, ó lo son en medida diferente, y otras ántes tenidas por inútiles adquieren utilidad cuando su aplicación llega á ser conocida y necesaria. El progreso económico se realiza mediante la invención y el aprovechamiento de nuevas y cada vez mayores utilidades.

VALOR.

Es, según el Diccionario de la Academia Española, *la calidad que constituye una cosa digna de estimación ó aprecio.*

La acepción de esa palabra en el lenguaje de la Economía no difiere de su sentido general, y buena prueba es de ello que, á pesar de las enojosas discusiones que los autores sostienen sobre el concepto del valor económico, hállanse todos conformes en que significa una propiedad ó relación de las cosas, siendo muy de notar que, no obstante esas oposiciones y divergencias, la mayor parte de los economistas se encuentran también de acuerdo

cuando se trata de determinar cuáles son las cosas en que reside el valor.

Infiérese de aquí, que si la cuestión del valor no se ha resuelto, es tal vez porque no se ha planteado en sus verdaderos términos. La dificultad nace, en nuestra opinión al menos, de que suelen involucrarse dos puntos que es necesario distinguir, estableciendo primero en qué consiste el valor económico, y examinando luego de qué depende ó cuáles son las circunstancias que en él influyen.

Afirmamos que el valor económico es una cualidad, y nos sugiere ante todo la idea de lo útil—sólo vale aquello que sirve para algo;—pero la idea del valor excede á la de utilidad y expresa un grado superior ó más elevado de esta, porque no decimos el valor de todas las cosas útiles—el aire, la luz, etcétera, no valen económicamente,—ni aún de aquellas que particularmente entran en el orden de la Economía, porque su utilidad requiere la intervención del trabajo—la tierra inculta y abandonada, los frutos espontáneos de la isla desierta tampoco tienen valor alguno, sino que reservamos la afirmación del valor como propia únicamente de las cosas cuya utilidad se nos ofrece en toda la plenitud de su desarrollo, merced á la acción ejercida sobre ellas por el trabajo.—Es decir, que el valor se refiere siempre á un resultado de la industria humana que tiene por fundamento la utilidad y por condición el trabajo; es la cualidad esencial y distintiva de los productos económicos, y puede definirse como *la utilidad apropiada*, ó bien el grado de utilidad que *convierte á las cosas en riqueza.*

En esto vienen á parar, ó de ello parten como supuesto, las numerosas teorías relativas al valor, aunque sólo algún economista lo establece claramente (1).

Pero ¿de qué depende que el valor de unas cosas sea considerable, que otras le tengan escaso y se halle el de todas sujeto á continuas alteraciones? ¿Cómo se mide el valor económico? Por la utilidad que contiene el producto, dicen unos; por el esfuerzo que cuesta adquirirle, dicen otros; por su escasez en el mercado, añaden algunos; y aquí comienza la confusión y el laberinto de las opiniones.

Si el valor proviene, como hemos visto, de la utilidad y el trabajo, éstos serán los primeros elementos que en él influyan, sin perjuicio de que pueda haber otros con los que también se relacione.

La utilidad del producto puede aplicarse á las necesidades directamente por el *uso*, é indirectamente por medio del *cambio*; luego tiene dos aspectos y ambos contribuirán á la determinación del

(1) Carreras y Gonzalez, *Tratado didáctico de Economía política*, lib. I, cap. VII, segunda edición.

valor: así decimos que *valen poco*, cosas que satisfacen las exigencias más apremiantes de nuestra naturaleza—el pan, la leña, etc.,—y reconocemos un gran valor en otras que por sí mismas no pueden procurarnos bien alguno—el tabaco, por ejemplo, para el que no fuma.—Ahora bien: este segundo carácter de la utilidad, que la refiere á las necesidades ajenas, se mide por el *precio*, ó sea por la cantidad de otro producto que puede obtenerse á cambio de ellas. En este sentido ha podido decirse, y es seguramente cierto, que la abundancia y la escasez, las condiciones todas del mercado influyen en el valor económico.

El trabajo indispensable para formar un producto—nótese que no hablamos del empleado en cada caso, que puede ser muy distinto del necesario;—el trabajo, decimos, concurre también á fijar el valor económico. Vale más aquello que más trabajo cuesta, porque dada cierta utilidad, la producción depende en cantidad y calidad del trabajo empleado sobre aquella, y tanto mayor será el valor que se obtenga cuanto más eficaz ó mejor dirigido sea el esfuerzo; del mismo modo que dos trabajos iguales producirán valores diferentes si se aplican sobre utilidad distinta.

El valor está, pues, en razón directa de la utilidad y el esfuerzo que representa el producto. Pero esto sólo puede ser exacto tomando la utilidad, no como relación puramente individual, sino en su doble aspecto de uso y de cambio; y el trabajo, no como esfuerzo personal y de caso determinado, sino conforme á las condiciones normales de la industria.

No hay dos clases de valor económico, uno *de uso* y otro *en cambio*; el valor es uno, pero se fija mediante un juicio en que se computan la estimación propia y la estimación ajena de las cualidades del producto. Cuando el valor no expresa más que una relación de carácter exclusivamente personal, deja de ser económico, y el lenguaje común así lo advierte, distinguiéndole como *valor de afección*.

La influencia que hemos reconocido al precio en la determinación del valor no supone la confusión de ambos términos. El precio consiste en la relación de dos valores, atiende sólo al cambio y en él únicamente se manifiesta, en tanto que el valor es anterior al cambio y se funda principalmente en las cualidades del producto. El precio no es más que un aspecto del valor, y se fija en virtud de causas muy distintas de las que obran sobre éste, y por eso no siempre coinciden: si el producto recibe todo su valor en comparación con otro, si hay *equivalencia*, se dice que el precio es justo; y cuando sucede de otro modo, decimos que *vale aquél más ó menos* que el precio por que se cambia. Podríamos decir, según esto, que el valor es una determinación de la utilidad, y el precio una determinación del valor.

Que el valor es esencialmente variable y no hay una medida segura á que referirle, cosa en que también convienen los economistas, se explica sencillamente sin más que tener en cuenta que el valor expresa una relación entre términos sujetos á continuas alteraciones. Es la condición del medio económico, y este se modifica al par de las necesidades á que se dirige y según cambian las condiciones del trabajo humano que le da vida.

VÍAS DE COMUNICACIÓN.

Son los medios que se emplean para vencer el obstáculo que opone la distancia á las relaciones entre los hombres.

Las vías de comunicación, bajo el punto de vista económico, constituyen una de las formas del capital, y se componen de tres elementos: 1.º, la *vía* propiamente dicha, el camino; 2.º, un vehículo acomodado á la naturaleza de la vía; y 3.º, un motor que verifica el transporte. Tienen grande importancia, porque extienden el cambio, activan la circulación é influyen por lo tanto de un modo muy eficaz en la producción y el consumo de la riqueza.

Las vías de comunicación son *terrestres y acuáticas*, consistiendo las primeras en *caminos ordinarios ó carreteras y ferro-carriles*; y las segundas, en el *mar, los ríos y los canales de navegación*. Cada una de estas clases de vías tiene aplicaciones y ventajas especiales: en el camino ordinario no es indispensable el vehículo para que las personas se trasladen de uno á otro lugar; los ferro-carriles hacen el transporte rápido y muy barato; el mar y los ríos navegables son caminos abiertos por la Naturaleza misma, y sólo requieren algunas construcciones complementarias, como los puertos, muelles etc., y los canales, por último, además de que ocasionan muy pocos gastos de tracción, se utilizan para el riego y prestan un gran servicio á la agricultura.

Al mismo tiempo que al transporte de cosas y personas, las vías de comunicación se aplican á transmitir el pensamiento y establecer continuas relaciones entre los productores más lejanos. Los *correos*, así como los *telégrafos* dedicados particularmente á ese fin, son uno de los progresos más estimables y uno de los agentes más eficaces de la vida económica moderna.

J. M. PIERNAS Y HURTADO.

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.



ESTUDIOS SOBRE LA CÉLULA. MOVIMIENTOS PROTOPLÁSMICOS.

(Continuacion.) *

CORRIENTES CELULARES.—Mas cuando las masas de la sustancia fundamental se hallan envueltas por una membrana, los movimientos de éstas tienen que ser necesariamente mucho ménos libres. Las prolongaciones amibóides encuentran en aquella un gran obstáculo para su produccion, y las alteraciones que ántes hemos descrito deben aparecer aquí bajo la única y más sencilla forma de las corrientes de protoplasma.

Existen plasmodios en los cuales puede ser ya muy fácilmente comprobada la doctrina que acabamos de exponer.

Sujetos á rápidas agitacione, produciéndose allí en una primera edad todos aquellos fenómenos que son propios del mayor estado de fluidez, van cambiándose luego estos poco á poco por los que marcan la existencia de masas más coaguladas, y terminan por presentar una película rígida, cesando en ellos toda produccion de nuevos brazos, mientras que aún continúan, y quizás con más fuerza, las corrientes interiores.

Tales son tambien las condiciones dinámicas de los cuerpos que van á ser objeto de nuestro estudio.

Comenzando éste, deberemos indicar desde luego, y en el lugar preferente, que las variadas corrientes protoplásmicas no se presentan nunca sino en las células que poseen vacuolas más ó ménos manifiestas y desarrolladas.

Para que en un elemento histológico puedan ser contemplados los antedichos fenómenos, deberá aquel aparecer ante nuestra vista como una capacidad más ó ménos cilíndrica, alargada ó elipsoidal, cuya membrana exterior se halle revestida interiormente por una capa de protoplasma, que podrá ofrecer diversos espesores, con su parte central ocupada por una gran masa de jugo celular, á cuyo través pueden tambien notarse se hallan tendidos algunos cordones de la sustancia fundamental, y aún una pelota de ella que envuelve al núcleo, en el caso que este exista. Guarnicion interior de la membrana, esférula que rodea al cuerpo que acabamos de indicar, y fajas que relacionan á ésta con aquella, son, pues, las porciones en que suele ofrecerse repartido el protoplasma de los cuerpos que ahora nos ocupan. He aquí, pues, las condiciones físicas de todos los corpúsculos en que se presenta tal género de fenómenos.

Mas una vez indicado este principio general, de-

beremos apresurarnos á decir que existen algunas diferencias entre los variados movimientos de este mismo género.

Las diversas formas en que se presentan parecen constituir, efectivamente, una serie continua que nos lleva desde los cambios amibóides hasta las corrientes que se producen regularmente, y aún con idéntica direccion y condiciones en los diferentes elementos histológicos de un mismo individuo vegetal: y adviértase que introducimos esta última restriccion, porque en el reino de las plantas es donde han sido hechas estas segundas observaciones, no habiéndose hasta ahora comprobado nada parecido á tal doctrina en los numerosísimos movimientos que se ofrecen en las células animales.

Examinemos algunos de los principales casos que sirven de confirmacion á lo que acabamos de exponer.

Hay primeramente células en las cuales ofrece el protoplasma en su cara más exterior la forma que le obliga á presentar la membrana con quien se halla en contacto, y conserva en su cara interna, es decir, en aquella que puede extenderse y dilatarse libremente al través de los jugos de la vacuola, la facultad de efectuar una reproduccion en pequeño de los fenómenos que hemos estudiado en los *plasmodios de los Myxomicetes*. De esta superficie, y de la de los cordones antedichos, que pueden estar ya previamente formados, nacen unas prolongaciones que, ó se reabsorben inmediatamente despues de iniciadas, ó continúan su incremento en longitud hasta tocar con otras anatomizándose, y concluyendo por formar una verdadera red en medio del espacio susodicho. Aquí, como en los *Myxomicetes*, principia tambien á constituir á éstos la sustancia hialina, y luego entra en ellos la granulosa: aquí, del mismo modo que en el caso anterior, pueden destruirse ó romperse las anastómosis, regresando cada pedazo á englobarse en la porcion protoplásmica que tiene más cercana, y retirándose las materias coloreada y diáfana en orden inverso á como salieron de ellas. Aquí tambien suelen poseer las prolongaciones una forma de maza con la extremidad exterior, mucho más ensanchada que aquella por donde se insertan. Comparando todo esto con lo que sucede en los plasmodios, notaremos fácilmente que la semejanza no puede ser más completa.

De este caso se pasa por tránsitos insensibles á aquel en que se ofrecen bandas y red ya constituidas, y corrientes de sentidos y direcciones muy variables al través de unas y otras porciones protoplásmicas; pero sin la produccion de los hechos que acabamos de describir. En la guarnicion celular se ve nacer á aquellas recorriendo cauces muy diversos: en los cordones muy anchos se notan frecuentemente dos corrientes en opuestos caminos; en los

* Véase el número anterior, pág. 663.

delgados puede hacerse también en determinadas ocasiones igual observación, y con mayor generalidad descubrirse, al menos la presencia de una.

De modificación en modificación llegamos por fin al caso en que el fenómeno se muestra con bastante regularidad.

Una corriente permanente y de dirección constante existe y puede ser fácilmente estudiada en distintas especies vegetales.

Nótese en esto, en general, cosa que es posible comprobar sin gran dificultad en las células de las *Characeas*, por ejemplo, que una cierta porción del protoplasma, la más en contacto con la membrana de envoltura, conserva un reposo, al menos relativo: junto á ésta, vienen á disponerse en series superficiales y paralelas al contacto de aquella, los granos de clorofila que pierden igualmente todo movimiento.

Además, durante la producción de la susodicha corriente, se diferencia la sustancia fundamental en dos porciones distintas: una más acuosa y diáfana, que es la que gira, y otra más densa, la cual segmenta en distintas esferas que nadan en la primera y son arrastradas por ella. Las células de las *Charas*, que tienen núcleo, sufren siempre la disolución, ó al menos la desaparición de éste desde el momento en que principian las corrientes protoplásmicas. La dirección de estas corrientes es, ó bien la del eje mayor de la célula, ó bien la del crecimiento en aquellos elementos histológicos que presentan en todos sentidos las mismas longitudes.

Observaciones más constantes y delicadas nos demuestran al mismo tiempo que no hay porción alguna de la sustancia fundamental que permanece en reposo.

Cuando una célula crece, el protoplasma principia por extenderse á lo largo de toda su pared; pero llega un momento en que la porción adherida á su base inferior la abandona, siguiendo el movimiento de las laterales que ascienden delizándose á lo largo de las paredes de la membrana, y las partes más antiguas de aquella formación quedan al fin y al cabo vacías de protoplasma. He aquí una serie de fenómenos que difieren ya en muy poca cosa de los estudiados en uno de los anteriores artículos.

Baste, además, con los ejemplos que acabamos de indicar para que se comprenda la forma de estos movimientos.

Respecto de su universalidad, hemos indicado ya algo al principiar el asunto que nos ocupa, siquiera haya sido muy ligeramente; pero deberemos insistir otra vez en ella, bien que no sea sino para afirmarnos de un modo más seguro en la misma idea. Estos fenómenos no responden, en efecto, á la presentación de un hecho más ó menos curioso, conforme ántes se había creído; todos los descubri-

mientos que nos ha proporcionado el estudio cada vez más detenido de los elementos histológicos de plantas y animales, vienen á concordar en la confirmación de que éstos se presentan siempre en un período ó en otro de la vida de las células.

Acercas de lo que acontece en los animales, nos hemos expresado ya ántes de una manera bastante terminante.

Si se exceptúan los glóbulos sanguíneos, que no pueden ser mirados sino como un período último de la vida de otros corpúsculos, y las nerviosas en general, acerca de las cuales no diremos nada de semejante, todas las demás pertenecientes al reino animal presentan, sin excepción, movimientos protoplásmicos en un período ú otro de su existencia. Las masas desnudas de la sustancia fundamental, que se incluyen del mismo modo en el citado reino, se encuentran sometidas á iguales cambios.

Con relación al reino vegetal, no es posible hoy por hoy una generalización tan absoluta.

Puede, sin embargo, asegurarse que en tanto que en los primeros momentos se descubrió esta propiedad en las células de las *Characeas* y en las de algunas otras especies más ó menos análogas, hoy se tiene noticia ya de su existencia en multitud de las de los órganos distintos, de géneros muy separados y nada afines á los individuos de la antecitada familia. Además existen muchos elementos en los cuales no se ha visto ciertamente circular al protoplasma, pero en los que sí se ha notado que tienen repartido á éste en su interior en tal disposición, que se confundiría con facilidad á ésta con la afectada por aquellos que más marcadamente nos ofrecen corrientes de contenido celular. ¿Cuál es la causa de no observar allí ésta? ¿Es que realmente no existen? ¿Depende tal hecho de que la igual refrangibilidad de las masas móviles y en reposo no permite distinción alguna? ¿Han cesado aquellos cambios mediante influencias extrañas que se han introducido durante la preparación? Ninguna contestación definitiva puede darse á estas múltiples preguntas.

Lo que sí puede asegurarse positivamente es que, aunque tratando la cuestión con la mayor prudencia posible y sometiendo nuestro juicio sobre ella á todas las restricciones que ántes expusimos, siempre resultará que el fenómeno ofrece un alto grado de universalidad.

Veamos ahora qué género de influencias, idénticas en general para todos los casos susodichos, modifican las condiciones de los movimientos protoplásmicos.

INFLUENCIA DEL ESTADO FÍSICO.—La influencia del estado físico es muy clara y perfectamente determinada.

Aquellas masas que tienen escasa densidad, es

decir, las que son muy flúidas y poco viscosas, son más accesibles á cualquier variación del medio y se mueven con mucha facilidad; las que por sus condiciones específicas ó el trascurso del tiempo son espesas y glutinosas ó han ido adquiriendo estas condiciones, son más difícilmente dislocables.

En una palabra, hay movimientos en tanto que el protoplasma posee un cierto grado de fluidez; cuando éste la pierde, cesan inmediatamente aquellos.

Todos los datos experimentales que hoy se poseen confirman plenamente tal doctrina.

Fijándonos primero en los *zoosporos*, *anterozoidos*, *zygosporos*, *bacterios* y *espermatozoidos*, notaremos siempre que si se les priva de agua por un medio ú otro, ó se produce en ellos la coagulación más ó ménos completa de sus principios albuminosos, termina al mismo tiempo su natación.

Examinando despues las demas masas protoplásmicas, vendremos á parar á consecuencias iguales á las anteriores.

Cuando los *plasmidios* de los *Mysomicetes* ó las células linfáticas se desecan en cierto grado, terminan los movimientos *amiboides*. Respecto de los primeros, sabemos que pueden llegar hasta segmentarse y configurarse en esferas, engendrando una membrana de la que no se ven en libertad hasta que el tiempo vuelve á estar húmedo y adquieren aquellos mayor fluidez; nos es conocido tambien que, sin llegar á este límite, hay momentos en que la extraordinaria viscosidad de la superficie no consiente ya, conforme hemos dicho, sino corrientes interiores; la movilidad de sus contornos decrece siempre, por lo tanto, en razón directa del espesor de su masa. Con relación á los segundos, se ha notado en múltiples ocasiones que pasan á un período de reposo tan luego como se evaporan en parte los líquidos de las preparaciones en que se encuentran.

Pasemos, por último, á las masas protoplásmicas rodeadas por una envoltura celular.

Para ellas nos bastará establecer los dos principios siguientes, cuya evidencia ha sido siempre demostrada por las más variadas observaciones:

Primero. Nunca se presentan corrientes protoplásmicas en las células que no poseen todavía ó *vacuolas* ó ménos comunmente una cierta porción de flúido acuoso depositada en el espacio que queda libre entre la membrana y la sustancia fundamental. Recordando cómo se constituyen las primeras (1) y pensando en lo único que puede representar lo segundo (2), veremos que esto vale tanto

(1) Para que se formen las *vacuolas* es, segun sabemos ya, necesario que el protoplasma se halle verdaderamente sobresaturado de agua, y por lo tanto, que sea grande su fluidez.

(2) Este segundo hecho indica, como se comprende fácilmente, que el protoplasma no puede ya tomar más agua de la que tiene.

como afirmar que *no se ofrecen movimientos del contenido en las células, en tanto que éste no se encuentra sobresaturado de agua, es decir, empapado por toda la que puede contener y en contacto con una porción sobrante acumulada en los espacios susodichos.*

Segundo. Las diversas especies de las *Characeas*, ó lo que es lo mismo, aquellas plantas en donde primero fué observado tal fenómeno, viven todas sumergidas en el agua, y sumergiendo tambien en ésta sus preparaciones es como ha podido ver claramente *Welten* que tal propiedad era ofrecida por otros muchos géneros del reino vegetal (1).

Repetiremos, por lo tanto, que gran fluidez es la primera condición que se necesita para que las masas protoplásmicas cambien de lugar.

INFLUENCIA DEL MEDIO.—Las acciones de este segundo se marcan, por el contrario, de una manera sumamente variada.

Por un lado, se ve que son más ó ménos fáciles los movimientos, segun que el medio ofrezca á ellos mayor ó menor resistencia.

Por otro, se nota del mismo modo que hay determinadas sustancias químicas que los favorecen, y otras que se oponen á ellos.

Examinemos sucesivamente las dos distintas influencias.

Los medios ménos densos, los líquidos glutinosos, por ejemplo, permiten difícilmente la realización de aquellos fenómenos. Se sabe, en efecto, que las nataciones de los espermatozoidos cesan á medida que se concentra el líquido en que se producen, y nosotros hemos podido observar diferentes veces que sucede una cosa parecida en aquellas preparaciones donde se están agitando rápidamente multitud de *bacterios* (2). En uno y otro caso, y cuando no hace todavía mucho tiempo que se ha producido el anterior efecto, basta agregar agua

(1) *Welten* es el que principalmente ha establecido que la circulación del protoplasma es un fenómeno muy general en las células vegetales.

Para demostrarlo ha acudido á dos procedimientos algo diferentes, que eran exigidos por igual número de casos que pueden presentarse: 1.º Para observar estos cambios en las plantas herbáceas, colocaba simplemente en el agua una sección longitudinal de su tallo. 2.º Cuando aquellas eran leñosas, se veía obligado á sumergir estas mismas secciones en agua más ó ménos engomada.

Resumiendo lo anterior, se ve que los medios puestos en práctica se reducían á dar mayor fluidez al protoplasma.

Algo semejante podría tambien decirse acerca de los experimentos de *Lieberkühn* sobre el movimiento de los elementos histológicos animales.

(2) Hemos ejecutado numerosos experimentos sobre preparaciones de estos seres, desecando suavemente el líquido en que flotan y volviendo á añadir inmediatamente agua, y siempre hemos alcanzado los resultados susodichos.

para que vuelvan aquellos á sus primitivas condiciones. Cuando el periodo ha sido largo, no es posible su restablecimiento.

Comprobaciones análogas han sido hechas tambien con las *volvocineas*, *zoosporos*, *zygosporos* y *anterozoidos*.

Pasando luego al estudio de las condiciones químicas, nos será fácil descubrir que aquí se presentan á su vez otros dos casos distintos.

1.º Ciertas sustancias químicas ejercen una influencia que se halla íntimamente relacionada á lo anterior.

Los ácidos disminuyen la rapidez de estas agitaciones y las hacen cesar. Así, por ejemplo, nosotros hemos podido notar preparaciones de *spirogyras* en las que al lado de los filamentos cilindricos celulares de estas plantas se veía nadar rápidamente á los *zygosporos*: colocando luego en ellas una gota de ácido sulfúrico bastante concentrado, se contemplaba á la vez, por un lado la cesacion instantánea de aquellos cambios; por otro la coagulacion de las espiras de protoplasma, su intensa concentracion y la aparicion cada vez más determinada de la diáfana y delgada membrana que las envuelve.

Modificaciones parecidas se producen tambien de idéntico modo en los *espermatozoidos* y *bacterios*.

Los álcalis, y en general las sustancias alcalinas, producen el efecto diametralmente opuesto.

Con una disolucion ligerísima de sosa cáustica, ó con otra cualquier materia semejante, se restablece, como podría ya presumirse, las condiciones anteriores de los líquidos, y se devuelve su movilidad á las masas que la habian perdido por el tratamiento con los ácidos, favoreciéndose y prolongándose el movimiento en las que no han sufrido esta última accion. Los *espermatozoidos*, *bacterios* y todos los demas cuerpos que pueden deslizarse por un líquido más ó ménos albuminoso y ser ellos mismos de esta naturaleza, experimentan en primer término las indicadas influencias.

¿Cuál es la razon de estas acciones? ¿Concuerdan su realizacion con la de algun otro fenómeno?

Recordemos, ante todo, que los ácidos producen en general la coagulacion de los principios proteicos, y que los álcalis favorecen opuestamente su estado de disolucion, y comprenderemos que estas son las acciones primeras que allí se realizan, siguiendo á ellas las mecánicas ya estudiadas ántes y procedentes en este caso tambien de las condiciones físicas que adquiere el medio á consecuencia de los susodichos cambios.

2.º Hay otro género de acciones químicas, las cuales no pueden referirse á lo que acabamos de exponer.

Una hoja de *Nitella* colocada en el gas enrarecido de la máquina neumática, sufre al cabo de poco

tiempo la paralización de las corrientes que surcan el interior de sus células. Órganos parecidos de *Chara* que se sumerjan en aceite, experimentarán iguales alteraciones.

Si la accion se ha prolongado, es imposible el restablecimiento de las primitivas condiciones.

Cuando la duracion de aquella ha sido menor de cuarenta y ocho horas, vuelve en general á ser agitado el protoplasma tan pronto como cesa.

Los glóbulos de la linfa se dirigen todos hácia los límites de la laminilla ó cubre-objeto en las diversas preparaciones de aquel líquido que se han hecho algun tiempo ántes. Si estas preparaciones son cortadas por medio de la parafina, terminan más pronto los movimientos amiboides: en las que no son cerradas de tal modo, acaban tambien aquellos primero en las células situadas en los puntos céntricos que en las que están en contacto con los bordes.

La presencia del aire parece, pues, necesaria á la manifestacion de los fenómenos que nos ocupan.

Al mismo tiempo, nosotros creemos, haber observado que la *influencia del oxígeno puro activa su produccion*.

Preparaciones que acabadas de hacer eran sumergidas en frascos donde se hallaba aquel gas, parecían contener elementos más móviles cuando se trasladaban inmediatamente al campo del microscopio para su observacion. Nada hemos sacado, sin embargo, de otros procedimientos de experimentacion que han sido empleados para establecer mejor esta doctrina; pero debemos apresurarnos á decir que el exámen de sus condiciones nos lo ha hecho rechazar como muy imperfecto (1).

Todos los datos que hoy se poseen hacen presumir, sin embargo, que á este enérgico gas es al que se debe principalmente la accion del aire.

Dicha influencia en la generacion de las corrientes protoplásmicas podría ser en este caso atribuida á la análoga de la que ejerce la respiracion en el desarrollo de fuerza de los animales: la cesacion de aquellas asimilada á una especie de asfixia. Esto es lo que Ranvier admite casi como seguro.

Ya veremos en otro estudio la significacion que tiene tal cosa.

INFLUENCIA DE LA GRAVEDAD.—Indicamos ya ántes que la gravedad se mostraba como una de las primeras y principales influencias de la diferenciacion física.

Vimos, efectivamente, al ocuparnos de esto, que en tanto que la célula se encontraba siempre en un primer período sometida únicamente á las fuerzas moleculares, debía luego ir experimentando paso á

(1) Ya se han hecho diferentes esfuerzos en este mismo sentido; pero adoleciendo todos de las mismas faltas.

paso, y de una manera creciente, la influencia de las fuerzas generales del planeta, á medida que absorbía agua y se hacía mayor su masa.

Esto es también lo que puede observarse fácilmente en todos los demás fenómenos de transformación y en los movimientos protoplásmicos.

Se observa en los *Myxomicetes* que aquellos de sus *plasmidios* que son muy fluidos, ofrecen todas sus corrientes en una dirección paralela al plano de sustentación, en tanto que los que poseen mayor consistencia suelen presentar algunas de estas que van desde la base hasta la porción superior de la periferia. En los primeros, su gran movilidad les hace obedecer dócilmente á las fuerzas de gravitación y deprimirse contra su soporte: en los segundos, hay ya alguna conservación por sí mismos de su forma, y las corrientes se encuentran en las mismas condiciones que las que recorren la masa de un líquido que se halla encerrado entre paredes resistentes.

Este es el modo general, según el cual modifica la gravedad los distintos movimientos protoplásmicos.

INFLUENCIA DEL CALOR.—La acción del calor sobre los movimientos protoplásmicos se halla sometida á las dos leyes siguientes:

1.ª Dicha influencia se ejerce entre dos límites de temperatura fijos para cada uno de los casos.

2.ª Existe una cierta temperatura, á la cual se realizan aquellos fenómenos mucho mejor que á otra cualquiera.

Estas dos leyes son las mismas que presiden al cumplimiento de toda función.

¿Cuáles son en general estos diversos puntos fijos? ¿Varían bastante de unas á otras células?

Para el movimiento amiboide de las células de la linfa parece ser muy favorable la temperatura de 36 á 37 grados centígrados. Cuando este líquido es extraído de uno de los seres que son denominados de sangre fría, y trasladado á un cristal para someterle á la observación microscópica, se nota que desde el primer momento, y siempre que el ambiente se halle por lo ménos á 12 ó 14 grados, principian los susodichos corpúsculos á emitir sus prolongaciones. En los procedentes de mamíferos y aves se nota más difícilmente la presentación de éstas en las anteriores condiciones; pero basta que la preparación se caliente hasta 20 grados para que aparezcan del mismo modo. Los movimientos de los corpúsculos linfáticos cesan á 40 ó 41 grados para no volverse á presentar en aquellos cuerpos.

En la *Nitella sin carpa* ha descubierto Nägeli que se inician las corrientes desde que se eleva algo la temperatura sobre 0 grados; que la mayor velocidad de aquella se presenta á 37 grados; y que á continuación de estas últimas modificaciones, y tan luego como se pasa aunque no sea más que al-

gunas décimas del límite citado, cesan bruscamente aquellas agitaciones.

En los pelos de la *Cucurbita* no ha podido notar cambios Sachs hasta calentar estas preparaciones á 10 ú 11 grados: de 30 á 38 ha contemplado la mayor energía en la producción de los indicados fenómenos: á 47 ó 48 grados cuando la preparación estaba sumergida en el agua, y de 49 á 50 grados cuando se hallaba en el aire, se ha verificado la interrupción brusca de ellas.

Observaciones de igual carácter y la misma diversidad se han hecho también en el filamento estaminal de la *Tradescantia*; en los pelos del *Lycopersicum*, en el parénquima de la *Vallisneria*, y en otros varios órganos de diversas plantas.

Mas si queremos apreciar con exactitud lo que represente tal variabilidad, deberemos tener, sin embargo, presente que estas temperaturas no son las que deberá presentar el mismo protoplasma móvil, y que es muy probable el que éste se encuentre en condiciones mucho ménos diferentes de unos á otros casos de lo que nosotros creemos á primera vista; debiéndose, por el contrario, aquellas separaciones á la distinta conductibilidad calorífica de las membranas, propiedades variables del medio que le rodea, y otras muchas condiciones que enmascararán completamente el conjunto de fuerzas que se ejercen realmente sobre la masa fundamental que se encuentra sometida á tales cambios.

Las circunstancias particulares en que tal influencia se muestra son, por lo tanto, todavía bastante desconocidas.

INFLUENCIA DE LA LUZ.—La influencia que ejerce la luz no es la misma sobre los diversos movimientos protoplásmicos.

Las corrientes de la masa fundamental y los movimientos que producen la segmentación celular, parecen ser completamente independientes de la acción de la luz: la distribución del protoplasma en las células, y la dirección de las nataciones de los *zoosporos*, *volvocineas* y *anterozoides*, semejan producirse por el contrario en íntima correspondencia con las radiaciones de aquella.

Respecto de los primeros fenómenos, sabemos que se cumplen lo mismo en la oscuridad que á la luz del día (1).

Con relación á los segundos, expondremos á continuación algunos de los datos mejor conocidos so-

(1) Nótase, sin embargo, que los *plasmidios* que se desarrollan á la luz tienen sus ramas gruesas y apretadas, y que las poseen por el contrario delgadas y largas los que se encuentran en la oscuridad. Igualmente merece recordarse aquí el hecho de que los del *Aethalium* vienen hasta la superficie de su sustentáculo durante la oscuridad, y se retiran al fondo de él tan luego como dicha superficie es iluminada vivamente,

bre la distribución protoplásmica y natación de los zoosporos.

Primero. En tésis general, y admitiendo desde luego que existen diversos fenómenos cuya producción no se ajusta á lo que vamos á decir (1), podrá asegurarse que el protoplasma, acompañado por sus masas clorofilianas, se acumula siempre en los sitios mejor iluminados de cada célula. Cuando los elementos histológicos se hallan en estas condiciones, viene á depositarse el contenido en contacto con las partes de la membrana que se hallan libres en la superficie del órgano á que aquellos pertenecen: así se ofrecen, por ejemplo, en las células epidérmicas, sólo en su cara superior; y en la superior é inferior, ó sea en las dos que presentan libres, los corpúsculos que forman parte de órganos constituidos por una sola capa de células. Cuando estas se encuentran sumidas en la oscuridad, el protoplasma se acumula opuestamente en aquellas partes de las cutículas por donde se sueldan unos elementos á otros.

Segundo. En la natación de los zoosporos influye de igual modo la luz, conforme ya hemos dicho, únicamente sobre la dirección del movimiento. Hay zoosporos, y en general cuerpos protoplásmicos, que caminan en sentido opuesto al punto de mayor iluminación: existen otros, por el contrario, que se dirigen á él de una manera directa.

Digamos además, para terminar este asunto, que todos estos efectos se deben siempre á los rayos más refrangibles. El verde, el azul, el violado y el extremo ultravioleta, son las partes verdaderamente activas del espectro solar: las radiaciones que se extienden desde el rojo hasta el color primeramente citado, obran como obra la oscuridad.

Esto nos descubre ya el carácter verdaderamente químico que poseen estas acciones.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

Catedrático del Instituto de Ciudad-Real.

(Continuará.)

(1) Dé las observaciones de *Borodin*, y de los hechos descubiertos por *Marquard*, parece deducirse que hay algunas hojas como las de *Stellaria*, *Pelargonium*, *Nicotiana* y otras, que expuestas á la luz presentan, sin embargo, el protoplasma acumulado en las porciones de contacto de las células, es decir, en las que se hallan poco iluminadas.

LOS ANTEPASADOS

INGO.

XI.*

EL RAYO.

(Conclusion.)



Delante del pabellon real se había erigido el ara del sacrificio; los guerreros rodeaban la piedra cuando Ingo, seguido de los jefes, se presentó vestido de cenicienta cota, y ostentando un magnífico yelmo coronado por la cabeza de un jabalí de argentinos colmillos y encarnados ojos. Los mancebos trajeron un potro, y Berthario hundióle en el cuerpo el acero sagrado, ensanchando con fuerza la mortal herida. El Rey entonó el canto de sangre, y cada hombre adelantóse á bañar su diestra en el caliente licor y á jurar obediencia y fidelidad hasta la muerte á su señor y caudillo.

Desde la copa del árbol gritó una sonora voz femenil:

—¡En guardia, oh Rey! brillan los escudos y los hierros de las picas.

A un tiempo el cuerno del torrero lanzó salvaje tocata, y un mensajero llegó junto al caudillo, diciendo:

—El escuadron real costea el arroyo; la Reina cabalga entre ellos.

Sonó entonces en la plaza de armas el grito de guerra: los defensores armáronse de escudo y venablo, y reunidos en coro murmuraron en el hueco del escudo la plegaria del combate. En un principio la salmodia apenas fué más que un susurro; luego creció en intensidad todavía pausada y solemne; después, más alta y aún grave, bajó hasta la llanura como el ruido que anuncia el huracán; por último, sus estridentes y precipitadas notas imitaron la tormenta desencadenada. Cuando reinó el silencio, contestó el enemigo con discordante clamoreo. Berthario dió las órdenes, y las secciones ordenadas bajaron la montaña y ocuparon el adarve del recinto exterior.

—Dos tonos muy distintos he advertido en el canto,—dijo el anciano al oído de Ingo,—el de nuestros Vándalos y el de los otros: no confíes hoy más que en tus compatriotas.

Todavía subió el caudillo con su fiel amigo á la copa del árbol.

—La reina Gisela no trae á sus órdenes más que la tropa de su castillo y las gentes de Sintram; por eso ha invitado á los Borgoñones á que la ayuden á

* Véanse los números 150, 151, 153, 154, 156, 159, 160, 161, 164, 166, 167, y 170; páginas 16, 50, 109, 146, 212, 135, 339, 373, 527, 572 y 668.

despachar pronto la tarea; y ellos no se habrán hecho de rogar, como siempre que van diez contra uno. Mira, padre; ya forman el parapeto de escudos alrededor de nuestros fosos: ¡abajo, á la muralla! La cortesía exige que salude en persona á la Reina: yo mantendré el sitio por donde ataca; tú dirige por el lado que toca á las huestes borgoñonas.

Con rápido paso llegaron los héroes á su puesto; el clamoreo se hizo general en torno de la fortaleza; volaron flechas y venablos; grupos aislados de sitiadores avanzaban con piedras y faginas hácia los fosos para rellenarlos.

Por la parte del Norte, donde quiera que la refriega era más encarnizada, sonaba la poderosa voz de Ingo, y del Sur contestaban los alaridos de Berthario; donde quiera que se dirigiese el Rey, allí corría Theodulfo buscando venganza desde la primera fila. Más de una vez su venablo se clavó muy cerca de Ingo en los troncos del parapeto, y también el escudo del Thuringio vibró herido y abollado por el arma del Vándalo.

La primer embestida de los sitiadores fracasó: con encendidas mejillas retrocedieron, ordenaron las descompuestas filas, y de las inmediatas aldeas trajeron gruesos tablones, sobre los que empezaron á resonar hachas y martillos.

—Con gran brío levantan los puños tus paisanos,—gritó Berthario irónicamente á Bero.—¿Se han convertido las gentes de la Reina en carpinteros? Despreciable es el guerrero que combate detras de una muralla de tablas.

Y riéndose dijo á Ingo:

—Los Borgoñones no han mostrado gran ardor en el asalto: pocas víctimas hemos podido ofrecer por este lado al Dios de la guerra; le diremos como el cuco al oso, cuando en el gran festín de sus bodas le ofreció tres moscas: «Señor, poco es; pero la voluntad buena.»

Bajo los rayos ardientes del sol meridiano rodaban grises nubes preñadas de tempestad: de nuevo sonaron los cuernos en el campo de los sitiadores previniendo otro asalto, y en ambos bandos se levantó estentóreo clamoreo. Más fuerte fué esta vez la acometida y mayor el aprieto de los defensores, pues las hachas del enemigo no habían trabajado en vano: en todas direcciones avanzaban al abrigo de fuertes escudos de tablas, y así protegidos lanzaban á los fosos gruesas piedras, abultadas faginas, y arastraban troncos y vigas que les permitieran salvar la cortadura. Por su parte, los Borgoñones habían dispuesto ingenios en que una gruesa viga colgaba á modo de ariete, y con su velocidad y pesadumbre descargaba furibundos golpes sobre las estacas de la empalizada, á las que hacía saltar gruesas astillas que caían en los fosos: alrededor de estas grandes máquinas era la lucha más encarni-

zada. Si un escuadron de asaltantes cedía, otro le reemplazaba en el acto, pues á retaguardia de sus haces la Reina, implacable, con palabras y acciones lanzaba los guerreros al asalto. Al cabo lograron grupos sueltos de asaltantes abrir acá y allá algun boquete en la extrema muralla y escalar por algunos parajes la escarpa del foso; por un momento la furia del combate se dirigió á aquellas brechas; los defensores acudieron á cerrarlas con escudos y cuerpos, pero en vano: el torrente, abierto paso por el encentado dique, se desbordó poderoso contra el corto número de enemigos, y estos tuvieron que batirse en retirada hácia la altura. Ingo, junto á la puerta del burgo, rodeado de algunos deudos que hoy no le abandonaban, cubrió la retirada de los suyos; penetró el último en el recinto, y tras él se levantó el puente.

Los sitiadores clamaron victoria y cerraron contra el muro que rodeaba la meseta de la colina; pero su alegría fué corta: desde la altura volaban espesas nubes de venablos, y grandes piedras descendían, abriéndose sangriento camino entre las apiñadas huestes.

Ahora el número de defensores era más proporcionado á la extension del recinto, y su furia redoblada por la aprension de perder el último atrincheramiento que les protegía: todas las manos se movían, y las mujeres, con sus vestidos recogidos, levantaban las piedras y las alargaban á los hombres. Imposible fué al sitiador sostenerse en la escarpada pendiente; pusieron por medio la muralla exterior, no sin que nuevas víctimas quedaran aplastadas en la retirada.

La Reina, que no se había apeado, corrió colérica á sus hombres y les gritó:

—Si quereis seguir bebiendo mi hidromiel, hombres pusilánimes, subid hasta esos sauces, haced rodar un estanque de roca del que toman el agua, y veremos si luego recogen las gotas con los labios.

Theodulfo recorrió la falda de la colina y ordenó un ataque general: de nuevo sonaron los cuernos, contestaron los alaridos y volaron peñascos y saetas que vomitaba la cúspide de la colina.

Pero mientras el cordon de sitiadores asaetaba desde abajo todo brazo ó cabeza que sobresalía del parapeto, Hadubaldo, seguido de cuatro camaradas, corrióse por el cauce de la fuente que brotaba entre los sauces; todos iban resguardados por sus escudos y provistos de gruesas palancas; así llegaron á la arboleda y quedaron ocultos por la roca. Pero al avisado Berthario no se le escapó el inminente riesgo; reunió los más inmediatos compañeros y salió apresurado por la poterna, diciendo:

—Nosotros los cortaremos por abajo; vosotros disparadles desde arriba, para que ninguno escape.

Cuando el viejo se destacaba de los sauces, la roca ahuecada con tanto trabajo rodaba con estrépito abandonando su antiguo lecho. Furioso Berthario, gritó á Hadubaldo:

—En hora menguada se te ha ocurrido desviar las aguas de su cauce.

Y ántes que el mercenario fuera poderoso á defenderse ni sus compañeros á valerle, la maza del Vándalo le deshizo el cráneo. A manos de los Vándalos cayeron los demas; sólo uno creyó salvarse en desesperada fuga, pero alcanzado por veloz saeta, cayó en el suelo saludado por los frenéticos gritos de los defensores. Tras de esto enmudeció por ambas partes la lucha, y podían oirse las rápidas palabras que cambiaban entre sí los camaradas de combate.

—Han derribado el estanque,—dijo Berthario en voz baja á Ingo;—el agua corre ahora dispersa, y va á costar trabajo á nuestras gentes procurarse bebida para sí y sus animales.

—La Reina conoce bien la fuente,—contestó Ingo con sombría sonrisa;—pero si ellos la han derribado, nosotros volveremos á levantarla. Prepara los troncos, escoge los hombres más fuertes y que se dispongan á atacar amparados por sus escudos.

Miéntas Ingo hablaba, un venablo vino á clavarse sobre la torre de madera que coronaba la puerta, y una ligera llama brilló en torno del arma.

—Mira cómo la señora Gisela va á hacer entender á nuestra gente que el estanque ha sido derribado,—gritó Berthario.

Al propio tiempo arqueros diseminados alrededor de la colina lanzaban flechas incendiarias, cuidadosos de evitar con sus rápidos movimientos las peñas que bajaban de la altura.

En varios parajes la llama empezaba á lamer las vigas y estacas; los sitiados desprendían las flechas y procuraban extinguir el fuego á golpes de palanca; pero el incendio tomaba cuerpo. El peligro excitó salvaje gritería: mugían los ganados, relinchaban los caballos cuando una saeta encendida caía entre ellos, rompían sus ronzales y corrían despaavoridos atropellando la apiñada muchedumbre. Hizose entónces la faena peligrosa y abrumadora; el ánimo de los defensores empezó á decaer con la esperanza de victoria.

A escape tendido, un jinete, seguido de otros pocos, penetró las filas hasta la Reina; las gentes de Theodulfo lo saludaron con alegres clamores; el señor Answaldo bajó de su caballo.

—Pérfido mensaje me invitaba á tu corte, Reina, miéntas tú tomabas venganza de cosa que me pertenece.

—Vienes sin ser llamado, y no serás bien recibido,—contestó Gisela:—en vano querrás interponerte entre mí y mi venganza; al mediador no so-

licitado hieren las flechas de ambos bandos. La suerte de aquél no cambiará mortal ninguno, pues que ni él mismo ha podido cambiarla.

—Si la Reina quiere mandar en el pueblo Thuringio, fuerza será que acate sus fueros; enfrente veo mujeres y niños de nuestra raza, y es atroz lanzar venablos y flechas incendiarias contra gentes inermes del propio pueblo. Quien sea Thuringio y busque la victoria en lucha léal, ese me ayude á reparar la vergüenza de lo hecho. Rogad conmigo á la Reina que evite que nuestra memoria pase mancillada á nuestros descendientes.

—Bien habla el príncipe,—gritó un viejo guerrero. Y los Thuringios blandieron sus picos, exclamando:

—¡Salud á Answaldo!

La Reina miró colérica á la insubordinada hueste, pero calló.

—Escúchame, señora,—gritó el príncipe, asustado de la expresion feroz de aquel regio rostro:—mi propia hija, la prometida de Theodulfo, está allí entre las flechas encendidas, y á su lado otras mujeres de mis montañosos dominios. Contra mi hija yo sólo tengo derecho al castigo, y nadie, ni tú, puedes arrebatarme ese derecho.

Y corrió al frente de las filas.

—Aquí estoy yo, Answaldo, un príncipe de Thuringia; más de una vez os he guiado en las batallas; ántes de que asesineis á los indefensos encerrados en esas murallas, á mí me matareis, para que no sobreviva á tanta vergüenza.

De nuevo resonó la gritería de las tropas.

—¡A mí, soldados del Rey!—gritó Gisela irguiéndose en su corcel.

Pero Theodulfo y Sintram corrieron á ella y la hablaron en voz baja.

—Si no estuvieras fuera de tí, anciano,—comenzó la Reina, con voz que la cólera hacía temblorosa,—yo te castigaría como merece tu loca audacia y tu desacato. No tengo empeño en verter la sangre de esos labradores, aunque por su cuenta y riesgo se han establecido fuera de las marcas de mi reino. Toca la bocina, Theodulfo, y grita á la muralla; tus paisanos y los Marvingios pueden salir libres, no sólo niños y mujeres, sino tambien los hombres, sin armas y respetados en vidas y haciendas por gracia de la Reina.

Ahora las huestes aclamaron satisfechas á su soberana. Con prolongadas notas advirtió el cuerno la suspension del combate; Theodulfo avanzó á tiro de flecha de la muralla y anunció la gracia de la Reina con poderosa voz.

Levantóse dentro del recinto sordo rumor; la puerta permaneció cerrada, pero acá y allá sobre los parapetos y empalizadas aparecían rostros contraidos por la ansiedad, descujaban estacas y vi-

gas, las empujaban al foso y lanzábanse tras ellas. Así salían dispersos grupos abandonando la fortaleza con niños y mujeres, y donde era posible con ganados y caballos; también saltaron algunos hombres, cuya diestra estaba aún manchada con la sangre de la víctima propiciatoria, pero el riesgo aterraba y la esperanza perdida paralizaba el brío. Así y todo, la mayor parte de los aldeanos permanecían al pié de la muralla, apiñados, los escudos descansando en tierra, y su vista errando de sus familias á los ganados: comprendíase que sólo les detenía la santidad del juramento y la vergüenza de quebrantarle.

Entonces Ingo acercóse á ellos y les dijo:

—Por vuestra voluntad habeis venido, por vuestra voluntad podeis marchar, ya que vuestros paisanos os llaman; yo no deseo miradas de soslayo ni servicios forzosos. Poca honra y poco provecho he de sacar de guerreros que combaten mirando á los hijos y mujeres que tienen á la espalda. Os desligo de vuestro juramento; pensad, pues, en vuestra propia salvacion.

Muchos depusieron las armas contra el parapeto silenciosamente, y saltaron al otro lado sin volver la vista; Berthario gritó al grupo de los que quedaron:

—Nunca en la criba se separa al primer zarandeo la paja del grano; veo á muchos que hace palidecer el viento que sopla sobre este muro; ¡ea! por segunda vez: no nos hace falta el auxilio de los montañeses thuringios.

De nuevo cayeron al suelo picas y escudos, y sus propietarios saltaron la muralla con avergonzado semblante.

—¿Por qué se queda mi Rey á contemplar la miseria de estos desdichados? Mejor se decidirán cuando la vergüenza no les ate las piernas. Vamos, á elegir; por allá arriba á la sala del Rey, por ahí abajo á vuestros hogares.

Y el bravo Berthario corrió á alcanzar á su señor, que se dirigía á su pabellon.

Los Thuringios permanecieron poco espacio suspensos; con la presencia de Ingo desvaneciése el ardor belicoso; muy pocos corrieron tras del caudillo; la mayor parte salieron sin armas á campo raso: de los últimos que tomaron este partido fueron Baldhardo y Bruno, los hijos de Bero.

Ahora, lanzando victoriosos alaridos, escalaron el recinto las tropas de la Reina; los fugitivos les habían facilitado el camino; los asaltantes deshicieron á hachazos el rastrillo, y como un torrente se desparramaron por el patio frente al que se abría el régio pabellon. Pero muy pronto retrocedieron; desde una especie de balsita que Berthario había armado en la escalera, cayeron sobre ellos gruesas ramas aguzadas; buscaron otra vez proteccion tras

del parapeto, y á cubierto lanzaron sus dardos contra los Vándalos, y flechas incendiarias contra el techo del edificio.

Muy pronto á lo largo de las vigas de la techumbre empezaron á arremolinarse columnas de humo, y á través de éste se percibió una voz:

—¡Agua, agua arriba!

Un hombre subió por la escala y gritó:

—El techo arde; las pieles están ya quemadas; ha prendido el fuego en el alero; ¡pronto, los cubos de agua!

—La Reina se refresca ahora en nuestra fuente,—respondió Berthario;—pero si falta agua, probaremos á sofocar el incendio con nuestra cerveza.

Un golpe de viento hizo retemblar el techo y arancó de él espesas nubes de humo y afiladas lenguas de fuego: un grito de júbilo del enemigo aplaudió la oportuna ayuda de los elementos.

—Abajo, Wolf,—gritó Berthario al Thuringio que con los cabellos enmarañados y el rostro y las manos ennegrecidas luchaba contra el incendio;—abajo, de tu cuerpo mana ya una fuente, segun veo de roja la escala.

—No ha bastado para apagar el fuego,—contestó el Thuringio, sacudiendo su mano destrozada y asiendo el escudo y la pica.

—Abrid las puertas, que el hálito del sagrado sol venga á purificar el aire de nuestra casa. ¿Quereis que el Rey sostenga solo la guardia de la entrada? ¡Ea, compañeros, la última descarga de nuestras flechas; hasta donde ellas alcancen alcanza todavía el reino de los Vándalos!

Ingo estaba en pié sobre la escalera; espesas nubes de humo empujadas por el huracan pasaban sobre él hácia las enemigas tropas envolviendo su rostro y armadura.

—Abierta está la sala,—gritó á los amedrentados agresores,—y el huésped os prepara el recibimiento; ¿por qué tardais tanto?

Destacóse una figura entre la humareda, un hombre desarmado, y una voz gritó:

—¡Irmgarda, hija mia; tu padre te llama; sálvate, desgraciada!

Irmgarda desde el interior del pabellon oyó el desgarrador apóstrofe; levantóse y dejó á su hijo en los brazos de Frida. De nuevo resonó afuera la voz, más estridente, más angustiada:

—¡Irmgarda, hija perdida!

Ingo dejó el escudo en el suelo y miró hácia atrás.

—El buitre llama á sus polluelos; escucha el graznido, princesa de Thuringia.

Pasando al lado de su esposo, desafiando una lluvia de flechas, Irmgarda llegó hasta su padre; las huestes thuringias aclamaron con vivísima alegría. La jóven abrazó al anciano, diciendo:

—Bien haya este momento; mis ojos te miran, mi pecho descansa sobre el tuyo.

El corazón de Answaldo palpitaba; sus brazos estrechaban á la hija adorada.

—Ven, niña; tu madre te espera.

—Bendíceme; ardiendo está el aposento donde un pobre niño llama á su madre; bendíceme, padre. Y se retorció en dolorosas convulsiones.

El Príncipe extendió el brazo sobre su cabeza, Irmgarda se inclinó hasta que sus rodillas tocaron al suelo; después rechazó á su padre, gritándole:

—Saluda á mi madre.

Y con inesperado brío llegó en un momento al pabellón en llamas; Ingo había permanecido inmóvil, su vista fija en aquella escena; pero cuando su mujer se acercaba á él, cuando volvió en aquel supremo momento, corrió á ella con los brazos abiertos y la estrechó contra su pecho. El brazo de Theodulfo aprovechó este instante para clavar el aguzado dardo en el costado del Rey; Ingo cayó inerte sobre el suelo desprendido de los brazos de su esposa. Berthario corrió y cubrió con su escudo al herido, mientras los Vándalos sollozando lo conducían al sitio elevado en el centro de la sala; Irmgarda se arrodilló ante él; el anciano gritó:

—Dejemos á las mujeres llorar junto á nuestro Rey herido; á nosotros nos toca seguirle de cerca en la gloriosa senda. Por cuatro puertas se sale de este pabellón; todas conducen á las celestes salas; cuide cada uno de vengar la herida del señor. Walbrando, tú eres el último en la mesa real; á tí te toca saltar el primero; yo soy el último.

Los Vándalos corrieron á la puerta; de allí descendían los escalones según iba nombrándoles el anciano: de nuevo resonó en torno de la casa estrépito y clamoreo de combate. El huracán redoblaba su violencia contra la armazón de la techumbre, y caían al suelo cenizas y astillas encendidas. Frida, desconcertada, colocó el niño sobre el lecho del Rey.

—Ríe este niño,—gritó Irmgarda ahogada por los sollozos.

Y se arrojó sobre la criatura, que movía sus tiernas manos con júbilo hacia las lenguas de fuego que bajaban del techo: mientras Irmgarda estrechaba á su hijo, reinaba en la sala solemne silencio. Después sacó de sus vestidos la bolsa de piel de nutria, el don de las hadas, colgóla al cuello del pequeñuelo, envolviólo en un manto, y besándolo otra vez, lo pasó á Frida.

—Sálvale, y háblale de sus padres.

Frida corrió á Wolf, que vigilaba al pie del lecho en que agonizaba su señor.

—Ven, hacia esta puerta están hombres de mi tierra; nos dejarán pasar.

Sonó entonces la bronca voz de Berthario.

—¿Qué espera el rey de la danza? Los danzantes aguardan.

—Queda en paz, Frida; por distinta puerta debemos escapar al incendio; queda en paz, y acuérdate de mí.

Aun otra vez la miró con ternura: después de un poderoso saltó, cayó en la puerta; atravesó de otro los carbonizados escalones, clavó su venablo en el pecho de un soldado de la Reina, y se lanzó sobre las filas de los enemigos. Una nube de flechas recibió al héroe; la sangre corría de numerosas heridas; pero entre las angustias de la muerte, revolviéndose con indomable brío, llegó cerca del aborrecido Theodulfo, levantó la espada, y abandonándole las fuerzas cayó para no levantarse.

La voz de Theodulfo dominó un momento el estruendo.

—Las vigas ceden, ¡salvad á las mujeres!

Y Answaldo, corriendo á la escalera, gritaba:

—¡Irmgarda! ¡salvad á mi hija!

Cuando llegaba á la puerta alzóse ante él la sombría figura de Berthario; la cabeza cubierta de cenizas, la barba quemada, el rostro respirando venganza.

—¿Quién viene á turbar el último sueño de mi Rey? Eres tú, viejo loco, que un día te arrepentiste de lo que como huésped habías ofrecido. Con frío saludo despediste á mi señor; fría como el hierro es la contestación que el Vándalo te da.

Y rápido, como carnícera bestia, lanzóse sobre el Príncipe y hundió su acero, atravesando la coraza y el pecho. Después gritó á las aterradas huestes:

—Todo está hecho, y el fin es como debía ser: venid aquí, locos cobardes, venid como mujeres viles á dar vueltas al molino de vuestra Reina. El gran rey de los Vándalos sube ya á reunirse con sus abuelos.

Las flechas llovieron en torno suyo; pero arrancándolas, pesado como un oso herido, pudo llegar á los pies del lecho del Rey; tendióse sobre su escudo y exhaló su último aliento.

Por el destrozado rastrillo avanzó la Reina hacia el abrasado pabellón; tronaba y relampagueaba; el resplandor del incendio hacía brillar la dorada coraza que defendía su pecho. Lanzóse del caballo al suelo, y sus gentes retrocedieron; tal era la expresión de su pálido rostro, de sus contraídas cejas.

Quedóse inmóvil contemplando el enorme brasero; algunas veces se percibía un estremecimiento en su cuerpo, y sus ojos, reflejando las llamas, revolviéndose en todas direcciones; por fin observó una mujer que, con un niño en los brazos, luchaba contra los soldados que querían detenerla.

—Es la criada de Irmgarda, y aquel es el hijo,—murmuró á su oído Theodulfo.

La Reina, más con el gesto que con la voz, mandó que se acercase aquella mujer. El fuego lamía el fronton del edificio, el viento retorció las llamas y luego las estiraba; pavesas y trozos de madera encendida caían sobre Gisela y los que la rodeaban; pero la Reina seguía inmóvil contemplando la hoguera. Dentro del pabellon reinaba el silencio; Irmgarda estaba de rodillas junto al lecho de su esposo; tenía abrazado y espiaba su interrumpida respiración.

El moribundo rodeaba el inerte brazo á su cuello y la miraba con fijeza.

—Gracias, gracias, Ingo mio; la muerte va á encontrarnos en un mismo lecho.

Un trueno estalló más cerca que todos.

—¿Oyes cómo me llaman de arriba?—murmuró Ingo.

—No me abandones, amado mio,—contestó Irmgarda.

El resplandor de un relámpago inundó el aposento; oyóse un horrible estruendo, y las maderas del techo vinieron al suelo.

Fuera, una nube de grueso pedrisco descargaba con furia sobre los hombres de la Reina, rebotando en yelmos y corazas.

—Los Dioses han llamado á su hijo á las celestes salas,—gritó la Reina.

Y envolvió su cabeza en el manto.

Los hombres se arrojaron al suelo, y cubiertos con los escudos ocultaban el rostro al iracundo Dios de la tempestad. Cuando pasó la nube, y los soldados, aterrados, se levantaron del suelo, el verde tapiz de la montaña estaba oculto por blanca capa de granizo; el pabellon de los Vándalos era un monton de ruinas, y de los húmedos carbones brotaban agudas lenguas de fuego. La Reina parecía una estatua; su vista no podía separarse del humeante brasero, y decía á media voz:

—Una allá dentro, silenciosa, sobre ardiente lecho; otra aquí fuera, azotada del granizo; ¡oh! la cólera de los Dioses ha cambiado nuestros destinos; yo tenía derecho á estar allá dentro.

Por fin, preguntó mirando descompuesta en torno suyo:

—¿Dónde está el niño?

Frida y la criatura habían desaparecido. Los guerreros registraron los pliegues de la montaña, los escondrijos del valle; escudriñaron los huecos de los árboles; los zarzales del bosque; revolvieron las casas y granjas de la aldea, excitados por Theodulfo. Pero del hijo de Ingo é Irmgarda jamás volvió á saber la Reina.

GUSTAVO FREYTAG.

Trad. de la sexta edición alemana por GENARO ALAS.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON LUIS VIDART.

No soy por ningun concepto responsable de que el Sr. Vidart haya venido á exigir el lugar que le corresponde en esta galería. Por mi gusto, jamás hubiera trabado relacion de ningun género con un hereje contumaz (creo que así se dice), con un iluso que se rie de todo; de todo, hasta del Padre Sanchez. Mas ya que á ello me obliga el loco intento de escribir semblanzas de oradores profanos, es mi deseo que esta sirva de severo correctivo para la mucha impiedad del orador que va á ser tema de estos renglones. Sólo así, esto es, sólo presentando al Sr. Vidart, no diré en camisa, porque no quiero ofender respetables escrúpulos, pero sí en mangas de camisa, es decir, en toda la desnudez de sus perversas convicciones, conseguiré lavar el pecado que las circunstancias me obligan á cometer. Yo soy el primero en dolerme de esta fatalidad que me lleva de mal grado á ocuparme un dia de un ateo, otro de un protestante, otro, en fin, de un católico tibio, de aquellos que hacen vomitar al Espíritu Santo, al decir de San Juan (1).

Hoy llega el turno á un pesimista, á uno de esos desdichados que ven el mundo á través de un cristal ahumado.

El pesimismo, como filosofía, ha venido á nosotros recientemente. Aquí nunca se había conocido hasta ahora tal plaga. Y en verdad que yo no me explico por qué razón ha de erigirse el mal humor, ó el esplin, como decimos los españoles, en sistema filosófico. Comprendo muy bien que allá, en las estepas de la Germania, tiritando siempre de frio y rodeado de perpétuas nieblas, le pareciera el mundo á Schopenhauer detestable; pero en esta tierra, que no sin razon llamó alguno de María Santísima, bajo un cielo claro y sereno, frente á unos ojos *claros serenos*, no es fácil explicarse por qué le parece al señor Vidart la vida cosa tan ruin y despreciable. Bien cierto es que no dejamos de apurar aquí tambien tragos amargos, y que al apurarlos solemos hacer no pocas muecas; pero, en nuestros quebrantos, jamás se nos ha ocurrido fundar sistemas filosóficos en que se comience negando al Sér Supremo y se termine considerando al amor como un industrial que trabaja por la duracion del género humano. Porque, en medio del más grave disgusto, acontece que cruza *ella* á nuestro lado y nos sonrie; y ¡qué filósofo no exclama entónces, sobre todo si es andaluz:

(1) «Porque eres tibio, que ni eres caliente ni frio, te arrojare por la boca.»—(Apocalipsis.)

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
 Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
 Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
 ¡Hoy creo en Dios!

Convénzase el Sr. Vidart de que pedir la extinción de nuestras miserias es una verdadera gollería, y el protestar contra ella una incalificable puerilidad. ¿Pues qué derecho tenemos nosotros á que se nos trate con ese mimo que el Sr. Vidart apetece? ¿No sabe el Sr. Vidart que nuestra naturaleza está pervertida desde que á nuestro padre Adán le plugo pervertirla con su desobediencia? Poco imita el Sr. Vidart al paciente Job, que si bien no dejaba de presentar alguna vez argumentos de fuerza á la Divinidad, resignábase humildemente al dolor y áun lo agradecía. Y, no obstante, el Sr. Vidart tiene un punto de contacto con Job. Job es el apestado de la Biblia: Vidart el del Ateneo. ¡Cuántas veces he sorprendido á los señores de la derecha cerrándose herméticamente la nariz con la mano á fin de no percibir la pestilencia de sus discursos! Y hacían perfectamente; porque, para mengua y vergüenza suya, he de manifestar que cada proposición que de su boca sale, debería llevar á sus inmediaciones el pavoroso *anatema sit* que llevan las proposiciones del *Syllabus*.

No es posible negar, aunque buenas ganas me dan de hacerlo, que tiene talento, que posee vastos conocimientos y que si su palabra no ofrece brillantez, en cambio es altamente incisiva é intencionada; pero estas buenas cualidades quedan sepultadas en las espesas nieblas que envuelven su pensamiento. A través de ellas, ¿cómo no ha de percibir el Sr. Vidart la imagen del hombre, ora fantástica, ora repugnante? Hay una circunstancia que explica hasta cierto punto lo sombrío de su pensar. El Sr. Vidart ha sido artillero. El ser artillero en estos tiempos es un placer; pero dicho se está que mirando á la humanidad por el telescopio de un cañón, no puede parecer otra cosa que... carne de cañón. No es esto todo: el Sr. Vidart lleva también á la polémica los hábitos del cuerpo á que ha pertenecido, y en vez de discutir, en realidad lo que hace es acañonar las doctrinas de sus contrarios. No hace muchos días que soltaba sobre los bancos de la derecha la siguiente granada. Debatiase el tema de la «poesía religiosa,» y un católico sostenía que el sentimiento religioso era la fuente más rica de la inspiración artística, citando como ejemplo nuestra poesía de los siglos XV y XVI. Nuestro orador contestó con la mayor sencillez «que esta poesía sólo era bella en lo que tenía de anticatólica.»

El Sr. Vidart es un orador de manías. Entre ellas las tiene muy graciosas, como es la de llevar siem-

pre la contraria al Sr. Revilla. Éste, aunque saturado de las máximas de humildad y caridad evangélicas, se irrita y exaspera, originándose de aquí una deleitosa polémica en que ambos discuten

«con un manso ruido
 que del oro y el cetro pone olvido.»

Es decir, se arma un zipizape científico que instruye á la par que deleita al auditorio. Parece ser que en estos últimos tiempos se muestran conciliados; pero ¡ay! qué poco debemos fiar de las *conciliaciones*. Porque aunque en el Sr. Vidart han «cedido las armas á la toga,» ni el Sr. Revilla ni yo tenemos gran confianza en estos señores que han usado armas.

Este orador es además de los que no se muerden la lengua, cosa rara ya en nuestro país. Y no obstante, ¿quién lo diría! habla siempre con la sonrisa en los labios. Yo no sé si esta sonrisa es un argumento contra las proposiciones desconsoladoras que va sentando, ó son tales proposiciones las que arguyen con tristeza á la sonrisa. El hecho es que el Sr. Vidart nunca debiera sonreír. Pero los pensadores de nuestros días carecen de aquella originalidad que prestaba á los filósofos de los tiempos antiguos la conformidad entre el pensar y el obrar. Cualquiera que sea la doctrina que profesen, viven como hombres de sociedad, y no hay forma de distinguir hoy ni por el traje ni por sus maneras á un idealista de un positivista. El Sr. Vidart, que debiera llorar constantemente como Heráclito, le da por reír como á Demócrito.

Nadie será osado á dudar de que nuestro orador es hombre de serias convicciones, por más que yo las considere execrables. Tampoco es posible dudar de que las expone con energía y laconismo dignos de mejor empresa. Lo que yo voy á confesar con cierto recelo á los lectores, para que lo tomen como una de mis muchas extravagancias, no como expresión de un pensamiento serio, es que abrigo el presentimiento de que el Vidart abandonará con el tiempo los campos malditos de la herejía para convertirse en poderoso adalid del ultramontanismo. Si me demandasen razones para apoyar esta singular idea, me apurarían bastante, porque carezco de ellas; mas si tratasen de averiguar qué fundamento tiene allá en los limbos misteriosos de mi alma, no dejaría de contarles cierto sueño que me asaltó noches pasadas, el cual, aunque disparatado y extraño en alto grado, hubo de señalar en mí profunda huella. El sueño es como sigue:

Apénas había cerrado los ojos, cuando me hallé en el recinto de un claustro. La luz moribunda del día penetraba en él llenándolo de sombras, y yo discurría bajo sus pardas bóvedas en medio de un augusto silencio. Sin comprender si eran seres vi-

vientes ó espectros evocados por la imaginación, veía deslizarse fantasmas con hábitos negros y rostros macerados, que no producían el más ligero ruido. Pasaban á mi lado sin percibirme, y desaparecían por una puerta inmensa. Todos cruzaban con la cabeza entornada sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo. Sólo uno detuvo el paso un momento, y alzando la frente sepultó su mirada húmeda en la espesura del jardín. Después, otra vez dejó caer la cabeza, y siguió su marcha un poco más vacilante. Los seguí y también penetré por la puerta inmensa.

Esta puerta era la entrada de un pasadizo largo y oscuro, á cuyo fin veíase chisporrotear la luz de una lámpara colgada del techo. Los fantasmas pasaron bajo aquella lámpara, y ví dibujarse en la pared sus pavorosas siluetas. Después había una puerta muy pequeña, y por ella entraron en el templo. En las anchurosas naves, iluminadas por una luz tibia y misteriosa, tampoco se escuchaba el ruido de sus pasos, y uno tras otro, con silencio sobrenatural, fueron perdiéndose entre sus cien columnas. Arrimé entonces mi cuerpo á una de ellas, doblé la rodilla y percibí un cántico sagrado repetido confusamente por todas las concavidades del templo. Yo no sé lo que había en aquel cántico, que infundía una tristeza infinita en mi corazón. Otras veces lo había escuchado sin que sus monótonas cadencias, interpretadas por voces gangosas y despacibles, hablasen nada á mi alma. Pero ahora la inspiración del profeta lamentaba la ruina de Jerusalem, y su voz gemía con acento desgarrador. El cántico había perdido su monotonía: los seres que cantaban debían tener los ojos arrasados de lágrimas.

De pronto, á aquel sosegado coro se unió una nota discordante. Mi oído se llenó de ruidos misteriosos y confusos que parecían venir de fuera, y creí distinguir el sordo murmullo de una multitud. El cántico sagrado fué perdiéndose lentamente en aquel rumor, que tomaba proporciones inmensas. Las puertas del templo se abrieron con infernal estrépito, y por ellas entraron oleadas de una rojiza claridad, que llegó hasta el presbiterio: aquella claridad era producida por las teas de una multitud de hombres de talla gigantesca y de vestidos rojos. Después comprendí que sus vestidos no eran rojos: venían cubiertos de sangre. La comitiva penetró en la nave con ruidosa algazara, pareciendo ejecutar con cierto ritmo alguna extraña ceremonia. Los rostros de aquellos hombres estaban horriblemente contraídos por la ira. Sus ojos movíanse en las órbitas con descompasados giros, y sus cabellos al ondular se torcían como si fuesen víboras. Lanzaban estridentes carcajadas, y al pasar ¡escupían á las santas imágenes!

Entraron en el coro donde ántes resonaba el canto del profeta, y escuché gritos aterradores, blasfemias y juramentos. Poco después sentí mis pies humedecidos: miré al suelo y pisaba sangre.

Allá, en uno de los ángulos más oscuros del templo, de rodillas y sumido en los éxtasis de la fe, percibí un monje que parecía completamente extraño á lo que en torno suyo pasaba. Tenía la inmovilidad de la estatua, y el negro capuz ocultaba casi por completo su rostro. Mientras la salvaje comitiva maldecía, aquel monje murmuraba bendiciones y púres.

Una sombra se deslizó veloz por el ámbito del templo, lanzando gritos penetrantes que semejaban á los del buho, y llegó hasta el ángulo donde se hallaba el monje. El reflejo siniestro de una cuchilla hirió mis ojos, y la cabeza del monje rodó por el pavimento. Aquella cabeza ensangrentada era la del Sr. Vidart.

La misma sombra corrió entonces por todos los ángulos de la iglesia buscando una salida, y cuando halló la puerta pequeña; penetró por el largo pasadizo en el claustro, subió por la escalera de piedra que comunicaba con el convento, y deslizándose cautelosamente por sus múltiples crujiás, llegó á una puerta cuya cerradura hizo saltar con un golpe de su mano. Las paredes de la habitación que entonces se dejó ver, estaban tapizadas de libros, y con segura planta, aquel hombre se dirigió á uno de sus lienzos y sacó de allí un libro grande, que abrió. El libro estaba manuscrito y tenía por título: *De atheorum pessimistorum errorum condenatione*, por el R. P. Vidart.

Al contemplarlo, una sonrisa del infierno se dibujó en la boca de aquel hombre. Cerró el libro, y con él en las manos tornó por el camino que había venido. Llegó al templo cuando las llamas consumían ya sus retablos y los venerandos siales del coro. Corrió con presteza á una de las hogueras y en ella sepultó el pesado libro lanzando una feroz carcajada. El reflejo de la hoguera hirió entonces el rostro del hombre y exhalé un grito de espanto. Las facciones de aquel fantasma con gorro frigio semejaban de un modo horrible á las del P. Sánchez.

El terror inundó mi cuerpo de un sudor frío, y desperté.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.